TELLING *the* TRUTH

THE GOSPEL AS COMEDY, TRAGEDY, AND FAIRY TALE

With profound intelligence, Buechner's [work] does what the finest, most appealing literature does: It displays and illumines the seemingly unrelated mysteries of human character and ultimate ideas.

ANNIE DILLARD, BOSTON GLOBE

FREDERICK BUECHNER

Decir la verdad: The Gospel as Tragedy, Comedy, and Fairy Tale Frederick Buechner

Decir la Verdad
II. El Evangelio como Tragedia
III. El Evangelio como Comedia
IV. El Evangelio como Cuento de Hadas

I.Decir la Verdad

El 31 de enero de 1872, Henry Ward Beecher viajó a Yale para pronunciar la primera de las Conferencias Beecher sobre la predicación, establecidas en memoria de su padre. Su biógrafo relata lo siguiente:

Tuvo una mala noche y no se sentía bien. Al llegar a su hotel cenó y se acostó a tomar una siesta. Cerca de las dos en punto se levantó y comenzó a afeitarse sin haber logrado concebir plan alguno para la conferencia que debía pronunciar en menos de una hora. Justo cuando tenía la cara enjabonada y comenzaba a afilar su navaja, de pronto toda la estructura de su discurso emergió de entre las nubes y se le reveló con claridad. Soltó la navaja, tomó su lápiz y garabateó apresuradamente los apuntes. Después, mientras seguía pensando en su conferencia, se cortó gravemente afeitándose.

Y con razón podría haberse cortado el anciano predicador, pues parte del mundo interior del que emergió su conferencia —de entre esas nubes que súbitamente se disiparon— era precisamente el profundo conflicto en el que se encontraba, o mejor dicho, el conflicto que habitaba en su interior. Los rumores sobre su relación con la esposa de uno de sus feligreses habían dejado atrás la etapa de los murmullos discretos y comenzaban a aparecer, más o menos explícitamente, en la prensa. Cartas comprometedoras circulaban de mano en mano; se hacían confesiones lacrimosas; la gente tomaba partido; se formulaban acusaciones. Un juicio público por adulterio era inminente. Lo que estaba en juego no era únicamente su reputación y carrera, sino en cierta medida la iglesia misma: todo aquello en lo que creía, todo lo que representaba y aquello de lo que había venido a hablar a Yale.

Por eso, cuando se encontraba frente al espejo del hotel con jabón en el rostro y una navaja en la mano, parte de lo que contemplaba era su propia vergüenza y horror, el espectáculo de su propia necedad, el juicio que —uno puede imaginarlo— le resultaba aún más difícil de soportar que el de Dios: su propio juicio sobre sí mismo. Porque si

bien Dios es misericordioso, ninguno de nosotros somos especialmente buenos mostrando misericordia hacia nosotros mismos. Henry Ward Beecher se cortó con su navaja y escribió las notas para aquella primera Conferencia Beecher con sangre, porque más allá de lo que fuera, aspirara a ser o fuera famoso por ser, era un hombre de carne y hueso. Y así fueron también todos los hombres que a lo largo de los años viajaron después de él a New Haven para pronunciar esas mismas conferencias.

Phillips Brooks, Dean Inge, Harry Emerson Fosdick, Reinhold Niebuhr: toda una distinguida procesión. Uno los imagina a todos despidiéndose de sus esposas —si tenían esposas de quienes despedirse—, haciendo sus maletas y emprendiendo el viaje para dar sus conferencias sobre la predicación: sobre qué significa predicar, cómo predicar, qué predicar y, tal vez incluso, por qué predicar cuando a veces casi cualquier otra cosa parece más relevante y tener más sentido.

Uno reflexiona sobre cómo cada uno de ellos dejó su mundo atrás para dirigirse a Connecticut y, sin embargo, al mismo tiempo, no lo dejó atrás en absoluto. Porque, desde luego, nadie puede hacerlo jamás. Puedes despedirte de tu familia y amigos, poner kilómetros de distancia entre ustedes, pero simultáneamente los llevas contigo: en tu corazón, en tu mente, en tus entrañas. No solo vives en un mundo; un mundo también vive en ti. Eres un mundo.

Todos aquellos hombres fueron mundos en su época: con sus patillas en las mejillas —algunos de ellos—, sus camisas almidonadas, sus anteojos de montura metálica, sus zapatos recién lustrados. Tan cierto como que cada uno llevó consigo un cepillo de dientes, también llevó sus amores y sus odios, sus temores a la muerte y sus temores a la vida, sus ansiedades, sus anhelos, su orgullo, sus oscuras dudas. Cada uno cargaba su mundo a cuestas como el caracol lleva su caparazón. Y lo mismo hicieron quienes viajaron a New Haven para escucharlos.

Así pues, piénsese también en ellos: en los oyentes además de en los conferenciantes. Los había gordos y flacos, viejos y jóvenes, alegres y melancólicos, algunos brillantes y otros no tanto. Ellos también

trajeron sus mundos consigo. Y cuando se miraban en sus espejos, veían —si no adulterios de la carne— adulterios del espíritu: fallos de fe, esperanza y amor; fallos de valentía. Como Henry Ward Beecher, como todos nosotros, cada uno de ellos también había sangrado un poco.

"Todos han pecado" (Rom. 3:23)

Eso dice San Pablo, que es otra manera de expresarlo. O simplemente: todos somos humanos, que viene a ser lo mismo. Todos nos hemos cortado. Todos trabajamos y vivimos agobiados bajo el peso de ser humanos, o al menos de estar en camino —esperamos— de serlo.

Las distancias entre el mundo interior que cada uno de nosotros representa son, a su manera, mayores que las distancias entre los mundos exteriores del espacio interestelar. Pero, en otro sentido, los mundos de todos nosotros son también el mismo mundo. Una mala noche ocasional, no sentirse bien. Una llegada a las diez, una siesta a las dos. El mismo rostro envejecido en el espejo día tras día. Una sensación de vacío en la boca del estómago. Un poco de sangre.

Todos estamos juntos en esto, y esto está en todos nosotros. Por tanto, si los predicadores o conferenciantes han de decir algo que realmente importe a alguien —incluidos ellos mismos—, deben dirigirse no solo a la parte pública de nosotros que reflexiona sobre ideas interesantes acerca del Evangelio y cómo predicarlo, sino también a la parte privada, interior: esa parte de todos nosotros de donde brotan nuestros sueños, tanto los buenos como los malos; esa parte interior donde los pensamientos significan menos que las imágenes, la elucidación menos que la evocación; donde nuestra preocupación no es tanto cómo debe predicarse el Evangelio, sino qué es el Evangelio y qué significa para nosotros. Deben dirigirse a la plenitud de quienes somos y también al vacío: ese vacío donde deberían habitar la gracia y la paz pero donde, en su mayoría, no están, porque nos han sucedido cosas tanto terribles como maravillosas.

En el *Rey Lear* de Shakespeare —una de las más poderosas de todas

las prédicas— también suceden cosas terribles y maravillosas. Son los "pobres desdichados desnudos" del mundo, como los llama Lear, quienes de algún modo sobreviven en espíritu, mientras que los ricos y poderosos terminan siendo derribados por su propio poder. Son los locos y los necios quienes resultan ser sabios, y los sabios y mundanos quienes resultan ser necios. El viejo y necio Gloucester pierde sus ojos, pero entonces, súbitamente, por primera vez ve la verdad sobre sí mismo y sus hijos. El viejo y enloquecido Lear pierde su corona y su reino, pero al final se convierte, por primera vez, verdaderamente en un rey. La villanía de las hermanas malvadas queda desenmascarada, y la pureza de la hermana buena resplandece en todo su esplendor.

Pero entonces sobreviene la catástrofe. En el último acto, buenos y malos, sabios y necios, débiles y fuertes: todos mueren por igual. El escenario queda tan sembrado de cadáveres que apenas queda nadie, salvo Edgar, para cerrar como puede el telón entre balbuceos. Y lo que dice es esto:

El peso de este tiempo triste debemos obedecer.
Decir lo que sentimos, no lo que deberíamos decir.

No son las líneas más poderosas de la obra, pero sí están entre las más reveladoras, porque en ellas pareciera que Shakespeare nos está diciendo algo sobre sí mismo y sobre la manera en que escribió su drama. Lo que ha hecho en *Lear*es mirar tan hondo como puede hacia el oscuro y ambiguo corazón de las cosas, para luego plasmar una declaración apasionada sobre lo que ha encontrado allí: una declaración que, en su propia escala, se acerca a ser tan rica, compleja e intransigente como aquello que ha descubierto. Es una declaración en la que Shakespeare está menos preocupado por cuestiones de forma, claridad y buen gusto que por el simple acto de decir la verdad.

En *Lear*, Shakespeare se arriesga a hacer el ridículo más terrible. En escenas como aquella en la que el ciego Gloucester cree arrojarse desde un acantilado cuando en realidad no hay tal acantilado, o cuando Lear comienza a arrancarse la ropa y a balbucear sinsentidos, una sola risa del público podría destruirlo todo. Pero en aras de decir

la verdad, no parece haber riesgo que Shakespeare no esté dispuesto a correr, como si partiera de la convicción de que si la verdad merece ser dicha, entonces merece también que uno haga el ridículo por decirla.

Shakespeare podría haber simplificado su obra. Podría haberla convertido en un drama principalmente de desesperación, pues en las muertes grotescas y sin sentido de buenos y malos por igual hay desesperación suficiente para cualquiera. O podría haberla hecho un drama principalmente de esperanza, porque mientras los malvados son transformados por su sufrimiento en bestias que se devoran unas a otras, los buenos —aunque sea breve y precariamente— son santificados por él.

Como Edgar, Shakespeare bien pudo haber pensado que, en pro de la unidad, la claridad, el efecto dramático —en pro de su propia cordura, incluso, por no hablar de su reputación—, lo que *debería* haber dicho en su obra era una cosa o la otra: desesperación o esperanza. Pero en cambio, lo que dijo fueron ambas, y con ello algo que, en cierto sentido, es más que cualquiera de las dos y diferente de ambas. Lo que dijo fue lo que en el sentido más profundo él verdaderamente *sentía*. Miró hacia el oscuro corazón de las cosas —es decir, hacia su propio corazón y también hacia el nuestro— y expresó la verdad completa tan fielmente como pudo.

En la medida en que la verdad es trágica, narró una tragedia de hombres y mujeres que sufren más de lo que incluso su propia locura y maldad parecen merecer. En la medida en que la verdad es cómica —tanto en el sentido de una especie de terrible comicidad como en el de un final feliz para todo lo terrible—, narró una comedia de locos y necios. En la medida en que la verdad trasciende todas esas distinciones y apunta más allá de sí misma, narró una suerte de cuento de hadas donde todos están disfrazados de algo que no son, y solo al final se despojan todas las máscaras para que finalmente todos sean revelados tal como verdaderamente son. Y como la bestia en "La Bella y la Bestia", el viejo rey —con Cordelia muerta en su belleza entre sus brazos— se transforma por fin en un ser humano.

No solo los predicadores como el viejo Beecher, sino cualquiera que intente expresar el Evangelio con palabras —aunque sea únicamente para sí mismo— tiene mucho que aprender aquí. El peso de estos tiempos tristes debemos obedecerlo, y debemos obedecerlo precisamente *porque* son tiempos tristes: tiempos tristes y desconcertantes para quienes intentan aferrarse al Evangelio y dar testimonio de él de algún modo, cuando de tantas maneras el peso de nuestra tristeza casi aplasta la vida que hay en él.

Uno se pregunta si hay algo más crucial que el predicador deba hacer que obedecer la tristeza de nuestros tiempos tomándola en cuenta sin evasivas ni subterfugios; hablando desde nuestros tiempos y hacia nuestros tiempos no solo lo que *deberíamos* decir sobre el Evangelio, no solo lo que parecería convenir a los intereses del Evangelio, sino aquello que nosotros mismos hemos *sentido* de él, *experimentado* de él.

Es posible concebir el Evangelio y nuestra predicación del mismo como, ante todo y sin importar el riesgo, un acto de decir la verdad sobre cómo son las cosas. Y es posible concebir esa verdad como tragedia, como comedia y como cuento de hadas.

El Evangelio es malas noticias antes de ser buenas noticias. Es la noticia de que el hombre es pecador —para usar el viejo término—, de que es malo en la imaginación de su corazón, de que cuando se mira al espejo con la cara enjabonada lo que ve es, al menos en ocho partes de diez, gallina, impostor, patán. Esa es la tragedia.

Pero es también la noticia de que, pese a todo, es amado: querido, perdonado; sangrante, sin duda, pero también redimido por la sangre derramada por él. Esa es la comedia.

Y sin embargo, ¿qué importa? ¿Qué importa si incluso en su pecado el patán es amado y perdonado, cuando la marca misma y la sustancia de su pecado y su mezquindad es que sigue rechazando ese amor y ese perdón, ya sea porque no los cree, o no los quiere, o simplemente no le importan en absoluto?

Pues bien, la respuesta es esta: la noticia del Evangelio es que le suceden cosas extraordinarias, así como en los cuentos de hadas

suceden cosas extraordinarias. Henry Ward Beecher traiciona a su esposa, a su Dios, a sí mismo, pero se las arregla para seguir dando vida al Evangelio para la gente de todos modos —tal vez incluso para sí mismo. Lear enloquece en un páramo, pero emerge de ello durante unas breves horas siendo, en cada pulgada de su ser, un rey. Zaqueo trepa a un sicómoro como un ladrón y desciende como un santo. Pablo parte como sicario de los fariseos y regresa como un necio por Cristo.

Para cualquiera es imposible dejar atrás la oscuridad del mundo que carga sobre su espalda como un caracol. Pero para Dios todas las cosas son posibles. Ese es el cuento de hadas. Juntos —tragedia, comedia y cuento de hadas— constituyen la verdad.

Ahora bien, predicar el Evangelio no es solo decir la verdad, sino decir la verdad *con amor*. Y decir la verdad con amor significa expresarla preocupándose no únicamente por la verdad que se dice, sino también por las personas a quienes se les dice. Por eso es fundamental tenerlas en mente: a los oyentes de la verdad trágica, cómica, de cuento de hadas. ¿Quiénes son? ¿Qué está sucediendo dentro de ellos? ¿Qué ocurre detrás de sus rostros, donde se han cortado afeitándose para prepararse a escuchar la verdad si es que se les dice?

El predicador debe intentar siempre sentir lo que es vivir dentro de la piel de las personas a quienes predica, escuchar la verdad como *ellas* la escuchan. Y esto no es tan difícil como suena, porque, desde luego, él mismo es oyente de la verdad además de proclamador de ella. Escucha desde el mismo vacío que ellos, esperando una verdad que lo llene y lo haga verdadero.

Así, en el nivel más profundo, todos los oyentes de la verdad son el mismo oyente. Y cuando trato de imaginarlo, lo que imagino es aquel que es famoso por haber preguntado para escuchar: aquel que dio una larga calada a su cigarrillo y, entornando los ojos, preguntó: "¿Qué es la verdad?" (Juan 18:38) Uno podría hacer algo peor que comenzar por él.

Se trata, por supuesto, de Poncio Pilato. Es el procurador de Judea. El día en que formula su famosa pregunta, hay otras cosas que también ha visto y hecho. Toma su primera decisión importante antes incluso de desayunar. Todavía en pijama, baja las escaleras hasta el mueble bar donde guarda cigarrillos de reserva, toma los dos cartones y medio que encuentra allí y los saca junto con la basura. Quedan los restos de un paquete en el bolsillo de su chaqueta de etiqueta y algunos sueltos por la casa en varias cajetillas. Todos estos los destruye cuidadosamente: los abre con la uña del pulgar y arroja el tabaco por el inodoro.

La noche anterior, después de la cena, la conversación derivó hacia la política. Estuvo levantado durante horas, conversando y fumando, de modo que al despertar sentía la lengua caliente y seca, todo el pecho en carne viva por dentro, como una herida. Conoce las advertencias del médico. Ha visto las fotografías habituales de los pulmones de un fumador. Lleva más de treinta años fumando tres paquetes diarios, así que su decisión matutina, antes del desayuno, es una decisión a favor de la vida y en contra de la muerte. Y la ve como su propia muerte la que rasga con la uña y arroja por el retrete.

Es un buen comienzo, y se siente mejor por ello. Ni siquiera el periódico matutino lo perturba mientras lo hojea en el asiento trasero de la limusina rumbo a la ciudad. Contiene el recuento sombrío de siempre: pobreza, crimen, enfermedad, corrupción en las altas esferas, ignorancia y superstición e indiferencia en las bajas y en todas las demás. Pero por el momento se siente maravillosamente aislado de todo ello mientras el automóvil rueda y él mira ocasionalmente hacia afuera a través de las ventanas polarizadas.

Los niños juegan en la calle; policías fuertemente armados patrullan los barrios más pobres; turistas alimentan palomas frente a las puertas del templo. Él es, esencialmente, un hombre de ley y orden, y los está manteniendo lo mejor que puede. Si los descontentos, los intelectuales y los corazones sangrantes quieren seguir quejándose de la podredumbre en el corazón de las cosas, ese es su problema. Su preocupación es la podredumbre en las calles, y su trabajo es mantener el barco a flote día tras día. En conjunto, no lo está haciendo mal. No hay quejas importantes desde Roma. Los judíos

están razonablemente satisfechos con sus títeres judíos. Y él mismo, si no exactamente feliz, está lo bastante satisfecho.

Cuando era joven soñaba con cosas más grandes que una procuraduría provincial, pero podría haberle ido mucho peor. Es amigo del César. Sus hijos han recibido la mejor educación que el dinero puede comprar. Su esposa padece de sueños perturbadores, pero está en manos de un buen analista. Su matrimonio ya no es lo que fue, pero ella le permite seguir su propio camino, y él ha encontrado otros caminos que seguir. La consuela diciéndole que el día no está lejos en que podrán retirarse a la villa cerca de Ostia para disfrutar de las visitas de hijos y nietos, el martini vespertino, el paseo por la playa. Mientras tanto, tiene citas que cumplir, y las cumple.

El jefe de las fuerzas de ocupación está nervioso porque se acercan las grandes festividades y espera problemas de los fanáticos. El Dios judío —sin tener claro de qué lado le conviene estar— quiere que Roma se marche; quiere para su pueblo la paz que sobrepasa todo entendimiento en lugar de la *Pax Romana*.

Pilato hace ademán de buscar un cigarrillo, pero enseguida lo recuerda. Toma un lápiz en su lugar. Dice que lo que sobrepasa *su* entendimiento son los propios judíos, que nunca lo han tenido mejor. Dice que lo que sobrepasa su entendimiento es cómo pueden seguir matándose por un Dios que supuestamente dirige la historia, cuando es precisamente la historia la que los ha atropellado y los ha dejado con sus antiguas supersticiones convertidas en algo tan anacrónico como una momia egipcia o un hacha de piedra.

Además —añade—, el César es Dios. El jefe de las fuerzas de ocupación es un hombre de línea partidaria estricta, con ambiciones de ascenso, y Pilato no se permite del todo un guiño al decirlo. "El César es Dios", repite, con apenas el más leve esbozo de sonrisa. La sonrisa no es correspondida. Ordena que se duplique la guardia alrededor del templo y que toda la guarnición permanezca en alerta hasta que pase la Pascua.

Llegan los recaudadores de impuestos con las excusas de siempre.

"No se puede sacar sangre de una piedra", dicen, "y no se puede hacer un monedero de seda romano con la oreja de una cerda judía". Un hombre entra con un plan para un acueducto que solucionaría el problema del agua en la ciudad. Pasará por tierras que él está dispuesto a vender con considerable sacrificio personal. Hay algún tipo de epidemia en el viejo barrio de los esclavos, y llegan quejas sobre cadáveres abandonados en las calles, atrayendo moscas, y manadas de niños huérfanos rebuscando entre ellos en busca de comida.

Ha habido algún tipo de manifestación en una de las puertas de la ciudad, con algún mesías pueblerino en el centro. La cuestión es cómo manejarlo sin empeorarlo. Los judíos están jugando a lo seguro, pasando la responsabilidad al César. "No hay Dios, y el César es su nombre", se permite decir Pilato esta vez, pero solo a su secretaria, porque es joven, bonita y poco perspicaz, y de todos modos no lo entenderá. Dice que verá al hombre personalmente si eso es lo que quieren. Si quieren que vea a su Dios, también lo verá. Cuantos más, mejor.

La secretaria baja la mirada bajo su mirada fija y plácida, como una muchacha en un convento. Pero él tiene razones para saber que, si alguna vez hubo un convento, ella lo dejó hace mucho, y no necesitaría más que un gesto de su parte para llegar bastante más lejos todavía. Se siente tentado por un momento a hacer ese gesto, pero se contiene al recordar que un hombre necesita tanta determinación para ser infiel a su esposa como para serle fiel. Y por el momento, el único propósito que puede tomarse en serio es el almuerzo, que come rápidamente y solo en su escritorio: cerveza romana, pollo frío con mayonesa, dos huevos duros. "Si fumar no acaba conmigo", piensa, "el colesterol lo hará". Ya es mayor de lo que llegó a ser su padre, y los problemas cardíacos son hereditarios en la familia. Al terminar de comer, cambiaría la villa de Ostia por un cigarrillo. Pero los cigarrillos son la muerte, y los ha desechado todos en aras de la vida. Es un sacrificio que, espera, valdrá la pena.

Entra una llamada de su esposa. Le cuenta que uno de los caballos ha sufrido una infosura y hay que sacrificarlo. A ella no le importan especialmente los caballos, pero mientras sigue hablando del tema,

de pronto su voz se vuelve extraña y espesa, y él se da cuenta de que está llorando. Puede verla sentada allí con el auricular apoyado entre la oreja y el hombro para poder encender un cigarrillo, como siempre hace cuando comienza a llorar. Casi puede oler el humo mientras lo enciende y luego vuelve a hablar. Cierra los ojos e intenta pensar en algo para distraerla, pero no se le ocurre nada.

Ella está disculpándose por molestarlo, por llorar, disculpándose por su vida. Ha tenido una mala noche, los mismos sueños oscuros... Mientras habla, él gira en su silla para mirar por la ventana detrás de él. Abajo, en el patio, un niño harapiento habla con uno de los soldados, y se pregunta si puede ser uno de los niños de la epidemia, con la enfermedad adhiriéndose a su ropa como piojos. Una paloma posada en el alféizar despliega un ala y luego la recoge. Cuando su esposa finalmente cuelga y él gira de vuelta hacia su escritorio, descubre que ya no está solo. Han traído al mesías pueblerino para interrogarlo. Pilato es tomado con la guardia baja, y antes de darse cuenta de lo que hace, toma un cigarrillo de una caja de ónice sobre su escritorio y lo enciende.

El hombre está de pie frente al escritorio con las manos atadas a la espalda. Se puede ver que lo han maltratado un poco. Tiene el labio superior absurdamente hinchado y un ojo hinchado y cerrado. Se ve sucio y huele a sucio. Sus pies están descalzos: grandes pies planos de campesino, aunque el hombre en sí no es grande. Hay algo casi cómico en la manera en que está parado allí, inclinado ligeramente hacia adelante debido a cómo tiene las manos atadas, mirando hacia el suelo con su único ojo bueno como si buscara algo que ha perdido: un botón de su camisa o una moneda que alguien le dio para una taza de café. Si solo estuvieran los dos, piensa Pilato, le daría dinero para el viaje y lo enviaría de vuelta al campo de donde vino. Pero los guardias están mirando, y en la pared el retrato oficial de Tiberio César está mirando, el rostro gordo y empolvado, la sonrisa imperial dentada, así que pasa por las formalidades.

"Así que eres el rey de los judíos", dice. "El jefe judío", porque no ha habido uno solo de ellos que no haya hecho esa su reivindicación: David vuelto para devolver Judea a los judíos.

El hombre dice: "No es de este mundo del que soy rey", pero su acento es tan espeso que Pilato apenas lo entiende, el acento junto con lo que le han hecho a su labio superior. Como si tuviera la boca llena de piedras, dice: "He venido a dar testimonio de la verdad", y ante eso el procurador de Judea da una calada tan profunda a su cigarrillo con filtro que la cabeza le da vueltas y por un momento teme que pueda desmayarse.

Se echa hacia atrás en su silla y cruza las piernas. Se oye el susurro como de papel de las alas de la paloma que se sacude del alféizar y desciende hacia los adoquines. De pie junto a la puerta, los guardias no prestan mucha atención. Uno de ellos se hurga la nariz, el otro mira al techo. El humo del cigarrillo flota sobre la superficie del escritorio: la foto de su esposa cuando aún conservaba su belleza, la caja de ónice de César, la placa de arcilla con la huella de la mano de su primer hijo, hecha cuando aún era niño en el jardín de infantes. Pilato mira al hombre entornando los ojos a través del humo y hace su pregunta.

La hace en parte porque daría casi hasta su vida por escuchar la respuesta, y en parte porque cree que no hay respuesta y también daría bastante por escuchar eso, porque significaría una cosa menos de qué preocuparse. Dice: "¿Qué es la verdad?", y como respuesta, el hombre del labio partido no dice ni una sola palabra. O tal vez su no decir nada, eso es lo bendito. Se podría oír caer un alfiler en la sala grande de techo alto, con Tiberio sonriendo desde la pared como una calabaza, ese único cigarrillo un poco tembloroso entre los dedos amarillentos del procurador.

Quien escucha la verdad que es silencio antes de ser palabra es Pilato, y la escucha porque ha pedido escucharla, y ha pedido escucharla —"¿Qué es la verdad?" pregunta— porque en un mundo de muchas verdades y medias verdades, tiene hambre de la verdad misma o, en su defecto, al menos de la verdad de que no hay verdad. Todos somos Pilato en nuestra búsqueda de la verdad, y cuando venimos a la iglesia a preguntarla, el predicador haría bien en respondernos también con silencio, porque la verdad y el Evangelio son uno, y antes de que el Evangelio sea una palabra, también es

silencio: no un silencio ordinario, silencio como ausencia de sonido, sino un silencio que se hace escuchar si lo escuchas de la manera en que Pilato escucha el silencio del hombre con el labio partido.

El Evangelio que es verdad son buenas noticias, pero antes de ser buenas noticias, digamos que son simplemente noticias. Digamos que son las noticias de la tarde, las noticias de televisión, pero con el sonido apagado.

Imagina eso entonces: el video sin el audio, las noticias sin palabras que las expliquen o las expliquen de otra manera, sin palabras que amortigüen o agudicen su impacto, sin definición que permita despacharlas como un incendio, una batalla, una huelga, un tratado, algo hermoso, un accidente. Solo la cosa en sí, la vida misma, o tanto de ella como la pantalla puede contener, parpadeando en la oscuridad de la sala. Un hombre pronuncia un discurso afuera en una escalinata de piedra con un puño subiendo y bajando, sus labios moviéndose, un mechón solitario de cabello levantado por la brisa como una pluma, y hay una multitud observándolo o no observándolo según el espíritu los mueva o deje de moverlos. Son negros y blancos, hombres y mujeres, e incluso algunos de los que lo observan parecen tener la mirada vuelta hacia dentro, como si estuvieran mirando algo más en su interior, escuchando alguna otra voz.

En otro lugar, casas construidas precariamente yacen en ruinas, y una mujer corpulenta con un vestido de percal se encuentra en lo que una vez fue una puerta con un gato en sus brazos; detrás de ella, un hombre con camiseta y la boca hundida. Una joven hermosa con un vestido largo se sienta ante un piano, y un par de hombres negros que llevan un cuerpo en una camilla entre ellos corren agachados por una calle de la ciudad mientras desde las ventanas altas las balas de francotiradores vuelan silenciosas como un sueño. Un gran barco surca las aguas con muchas banderas. Una ladera entera está envuelta en llamas. Una chica con un sombrero de ala ancha levanta unos binoculares hasta sus ojos.

O convierte la pantalla de televisión en una pantalla de películas caseras, y allí está él, el viejo caballero en persona, sin idea alguna de que es el último verano en el que estará presente. Está sentado en el

césped en una silla de lona con un viejo sombrero Panamá en la cabeza y un cigarro en la mano, mientras una mujer en traje de baño llena la pantalla para entregarle un trozo de pastel de cumpleaños. Está nevando, y por el camino viene una figura que te toma un momento reconocer como tú mismo. Arrastras un trineo detrás de ti, y sobre el trineo, con su gorro con borla torcido como un borracho, hay un niño pequeño por el que habrías dado tal vez incluso tu vida si las circunstancias lo hubieran requerido, y por el que aún podrías dar tu vida aunque ya no es un niño pequeño sino algún tipo de joven rebelde barbudo, vagando de trabajo en trabajo en busca, dice, de sí mismo; en busca tal vez realmente de ti, si se supiera la verdad, esa verdad particular.

Una verdad particular puede expresarse con palabras: que la vida es mejor que la muerte y el amor mejor que el odio, que hay un Dios o no lo hay, que la luz viaja más rápido que el sonido y que el cáncer a veces puede curarse si se descubre a tiempo. Pero la verdad misma es otra cosa, la verdad que Pilato pidió, cansado, aburrido y deprimido por su largo día. La verdad misma no puede expresarse. La verdad simplemente es, y es lo que es: lo bueno con lo malo, la alegría con la desesperación, la presencia y ausencia de Dios, el ojo hinchado, el pájaro picoteando los adoquines en busca de migajas.

Antes de ser una palabra, el Evangelio que es verdad es silencio, un silencio preñado en su noveno mes, y en respuesta a la pregunta de Pilato, Jesús guarda silencio; incluso con las manos atadas a la espalda se las arregla de algún modo para sostener el silencio como un regalo terrible.

Cuando entra montado en la ciudad sobre un asno, se eleva el grito: "Bendito el rey que viene en el nombre del Señor" (Lucas 19:38), y los fariseos dicen: "Maestro, reprende a tus discípulos" (Lucas 19:39), y Jesús dice: "Os digo que si estos callaran, las piedras mismas clamarían" (Lucas 19:40). El punto es, desde luego, que las piedras sí claman. La montaña, las llamas claman, la chica bonita al piano clama, y el niño naciendo en su primer verano, el anciano fumando su último verano hasta la colilla como un cigarro sin saber que es su último verano. Todos claman la verdad, y su clamor es sin palabras y silencioso y devastador.

Como alguien dijo, Dios no firma sus puestas de sol como lo hacía Turner, ni arregla las estrellas para deletrear mensajes de consuelo. ¿Qué es la verdad? La vida es verdad: la vida del mundo, tu propia vida, y la vida dentro del mundo que eres. La tarea del predicador es sostener la vida ante nosotros; mediante los dones que tenga de imaginación, elocuencia, simple franqueza, crear imágenes de vida a través de las cuales podamos de algún modo ver hacia la verdad sin palabras de nuestras vidas. Antes de que el Evangelio sea buenas noticias, son simplemente las noticias de que así es como son las cosas, cualquier día que sea de cualquier año.

El loco monje zen sostiene un palo en su mano y dice: "¿Qué tengo en mi mano?", y el ávido buscador de la verdad —pero solo de una verdad particular— dice: "Es un palo". Entonces el monje golpea al hombre en la cabeza con el palo, como se merece ampliamente, y dice: "No, *esto* es lo que es", o ni siquiera se molesta en decirlo.

Pilato pregunta a Jesús qué es la verdad —¿es lo que dijo Platón, o Maimónides, o Aquino, o Tillich, o Henry Ward Beecher?— y lo que Jesús golpea a Pilato en la cabeza es Pilato mismo. Jesús simplemente permanece allí en silencio de una manera que arroja a Pilato de vuelta a su propio silencio, la verdad de sí mismo. Lo que Jesús permite que su silencio diga es que la verdad es aquello que las palabras no pueden decir sino solo señalar. El peso de estos tiempos tristes es el peso de su elocuente silencio, e incluso cuando vuelves a encender el sonido y Eric Sevareid o Shakespeare o Billy Graham comienzan a poner palabras a las cosas, detrás de las palabras el silencio de las piedras clama como un trueno.

Uno piensa en los profetas de Israel: en Isaías, Jeremías, Amós, todos ellos. Fueron por excelencia los que pusieron palabras a las cosas, y las palabras que pusieron son tan atronadoras de rabia y júbilo, con denuncias terribles y promesas terribles, que si uno no tiene cuidado, ahogan todo lo demás que hay en el Antiguo Testamento y en los profetas mismos. Al nivel de sus palabras, no es la verdad lo que están diciendo sino verdades particulares. Están hablando sobre las naciones y nombrando nombres: hablando sobre Asiria, Babilonia, Egipto, Persia y, sobre todo, sobre Israel como nación. Y la verdad

que están diciendo hasta que las venas se les marcan en el cuello y sus voces se vuelven roncas es la verdad de que al jugar a la política de poder, Israel no solo está provocando su propia destrucción como nación sino que está actuando contra su santo destino, que es ser no una nación entre naciones sino una nación de sacerdotes, cuyo llamado es ser luz para el mundo.

Al nivel de las palabras, los profetas expresan verdades históricas, políticas, teológicas y, por supuesto, éticas tan poderosamente como alguien las haya expresado jamás, y con tanta audacia, atreviéndose incluso a poner sus verdades en boca del propio Dios.

"Aborrezco, desprecio vuestras fiestas, y no me complazco en vuestras asambleas solemnes", hace decir Amós a Dios, "sino corra el juicio como las aguas, y la justicia como arroyo impetuoso" (Amós 5:21-24).

Nadie antes ni después ha usado palabras para expresar más poderosamente que ellos nuestra injusticia e iniquidad, nuestra dureza de corazón, nuestro orgullo, nuestra complacencia, nuestra hipocresía, nuestra idolatría, nuestra superficialidad, nuestra infidelidad. Estas verdades particulares que los profetas expresan fueron cruciales para su época y son cruciales también para la nuestra. Y cualquier predicador que no las exprese por derecho propio, nombrando nombres incluyendo su propio nombre; cualquier persona religiosa que no las arroje contra la injusticia e iniquidad de su propio tiempo y de sí mismo, corre el riesgo de ser irrelevante, sentimental, un saco de viento.

Pero, al mismo tiempo, son solo verdades. No son la verdad que Pilato pidió por si acaso hubiera alguna. No son la verdad misma, la verdad del Evangelio. No son noticias porque incluso en los días de los profetas no eran nuevas.

Sin embargo, además de verdades particulares, los profetas también expresaron la verdad, y fue entonces cuando fueron más verdaderamente proféticos. No expresaron las buenas noticias porque las buenas noticias aún no habían llegado, pero sí expresaron noticias. Pusieron palabras a las cosas hasta que les castañeteaban los dientes, pero debajo de las palabras que pusieron, o en lo profundo

de sus palabras, algo resuena que es nuevo porque es atemporal: el silencio resuena, la verdad que es inexpresable, que es misterio, que es la manera en que son las cosas. Y la razón por la que resuena parece ser que el lenguaje que los profetas usan es esencialmente el lenguaje de la poesía, que más que la polémica o la filosofía, la lógica o la teología, es el lenguaje de la verdad.

Solo hay que escucharlo para reconocerlo, porque incluso en las cadencias majestuosas del inglés del siglo diecisiete está allí, y no digamos en las guturales volcánicas del hebreo antiguo.

"¿No has sabido?" dice Isaías. "¿No has oído que el Dios eterno es Jehová, el Creador de los confines de la tierra, que no desfallece ni se fatiga? No hay quien escudriñe su entendimiento. Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán" (Isaías 40:28-31).

Oseas habla con la cadencia melancólica de sus propias imágenes muy diferentes: "Yo con todo eso enseñaba a andar a Efraín, tomándolo de los brazos; pero no conoció que yo le cuidaba. Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante de ellos la comida. No volverá a la tierra de Egipto, sino que el asirio mismo será su rey, porque no se quisieron convertir. Y caerá espada sobre sus ciudades, y consumirá sus aldeas, y las devorará a causa de sus propios consejos. Pero, ¿cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín; porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti..." (Oseas 11:3-9).

En el punto más alto de su esperanza más salvaje, Isaías también habla en poesía: "No habrá más allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; no trabajarán en vano, ni darán a luz para maldición, y sucederá que antes que clamen, responderé yo;

mientras aún hablan, yo habré oído. El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Jehová" (Isaías 65:20-25).

En el punto más bajo de su desesperación, es un poema lo que escribe Jeremías: "Me sedujiste, oh Jehová, y fui seducido; más fuerte fuiste que yo, y me venciste; cada día he sido escarnecido, cada cual se burla de mí... No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude... Maldito el día en que nací; el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito... ¿Para qué salí del vientre? ¿Para ver trabajo y dolor, y que mis días se gastasen en afrenta?" (Jeremías 20:7-18).

Y finalmente el poema más grande de todos: "¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos... Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:2-5).

Al nivel de las palabras, ¿qué dicen estos profetas-predicadores? Dicen esto y dicen aquello. Dicen cosas que son relevantes, lacerantes, profundas, hermosas, estremecedoras y mucho más. Ponen palabras tanto a la maravilla como al horror del mundo, y las palabras pueden buscarse en el diccionario o en el comentario bíblico y pueden interpretarse, transmitirse, comprenderse. Pero como estas palabras son poesía, son imagen y símbolo además de significado, son sonido y ritmo, y tal vez sobre todo son pasión, ponen en marcha ecos de la manera en que lo hace un coro en una gran catedral, solo que somos nosotros quienes nos convertimos en la catedral y en nosotros las palabras hacen eco.

Ética, política, religiosamente, los profetas dicen lo que deberían

decir —para usar la frase de Shakespeare de nuevo—, pero más allá e incluso más crucial que eso, dicen lo que sienten en un lenguaje que incluso a través de todos los siglos y a través de todas las traducciones y malas traducciones nos hace sentir también a nosotros. En su momento más verdaderamente profético expresan cosas que —sospecho— incluso ellos mismos no comprendieron del todo, porque son cosas que pertenecen a la verdad misma más que a verdades particulares: la verdad misma que finalmente no puede comprenderse sino solo experimentarse. Es la experiencia con la que nos asombran, expresándola en poesía que trasciende todo otro lenguaje en su poder para abrir las puertas del corazón.

El varón de dolores, experimentado en quebranto. El que tiene la oreja de coliflor y el labio partido. Por cuyo ojo hinchado y bazo roto somos de algún modo sanados. ¿Quién puede ponerle una palabra y quién lo necesita? Simplemente lo sostienen ante nuestra mirada. En su momento más poético y poderoso no dicen tanto algo como hacen que algo suceda.

Así que el himno del sermón llega a su fin con un amén algo vacilante, y el organista hace señas al coro para que se siente. Recién salido del desayuno con su esposa e hijos y una rápida revisión de los periódicos dominicales, el predicador sube los escalones al púlpito con su sermón en la mano. Se recoge la túnica negra a la altura de la rodilla para no tropezar con ella en el camino. Tiene la boca un poco seca. Se ha cortado afeitándose. Siente como si hubiera tragado un ancla. Si no fuera por el honor de la cosa, preferiría estar en cualquier otro lugar.

En los bancos delanteros, las ancianas suben el volumen de sus audífonos, y una joven le pasa a su hijo de seis años un caramelo salvavidas y un marcador mágico. Un estudiante universitario de segundo año en casa de vacaciones, que está allí porque fue arrastrado, se desploma hacia adelante con la barbilla en la mano. El vicepresidente de un banco que dos veces esa semana ha contemplado seriamente el suicidio coloca su himnario en el soporte. Una chica embarazada siente moverse la vida dentro de ella. Un profesor de matemáticas de secundaria que durante veinte años ha

logrado mantener su homosexualidad en secreto, en su mayor parte incluso de sí mismo, dobla su orden de servicio por la mitad con la uña del pulgar y lo mete bajo su rodilla. Pilato está allí. El hombre del acueducto está allí, quien ha insinuado que hará que valga la pena si su gente consigue el contrato, y Henry Ward Beecher está allí. Son unas vacaciones de trabajo para él. El consejo parroquial le ha instado a tomarse una semana libre para un descanso muy necesario, y ha venido a escuchar cómo lo hace otra persona para variar.

No es que no ame a su esposa, sino simplemente que, rozando los sesenta, ha sido atrapado preposteramente desprevenido por alguien que le permite abrirle su corazón, alguien dispuesta en su belleza a escuchar al viejo hechizador que, como ministro, nunca ha tenido a nadie a quien ministrar realmente. El Rey Lear está allí con un poco de huevo seco en la corbata y riñones débiles.

El predicador tira del pequeño cordón que enciende la luz del atril y reparte sus tarjetas de notas como un jugador de cartas de río. Las apuestas nunca han sido más altas. Dos minutos a partir de ahora puede haber perdido completamente a sus oyentes en sus propios pensamientos, pero en este minuto los tiene en la palma de su mano. El silencio en la destartalada iglesia es ensordecedor porque todos están escuchándolo. Todos están escuchando, incluido él mismo. Todos saben el tipo de cosas que les ha dicho antes y no les ha dicho, pero ¿quién sabe qué esta vez, desde el silencio, les dirá?

Que les diga la verdad. Antes de que el Evangelio sea una palabra, es silencio. Es el silencio de sus propias vidas y de su vida. Es la vida con el sonido apagado para que por un momento o dos puedan experimentarla no en términos de las palabras que la hacen soportable sino por el misterio inexpresable que es. Que diga: "Estad quietos y sabed que yo soy Dios, dice el Señor" (Salmo 46:10). Estad quietos y sabed que incluso por mi silencio y ausencia soy conocido. Estad quietos y escuchad a las piedras clamar.

Desde el silencio, que vengan las únicas noticias reales, que son noticias tristes antes de ser noticias alegres y que son, en último término, un cuento de hadas. El predicador no es lo suficientemente valiente como para permanecer literalmente en silencio durante

mucho tiempo, y dado que su vocación es expresar la verdad con amor, incluso si fuera lo suficientemente valiente, no permanecería en silencio durante mucho tiempo, porque ninguno de nosotros es muy bueno con el silencio. Dice demasiado.

Así que que use palabras, pero además de usarlas para explicar, exponer, exhortar, que las use para evocar, para ponernos a soñar además de a pensar; para usar palabras como en su momento más profético y veraz los profetas las usaron: para despertar en nosotros memorias y anhelos e intuiciones que hambreamos sin saber que hambreamos. Que use palabras que no solo intenten dar respuestas a las preguntas que hacemos o deberíamos hacer, sino que nos ayuden a escuchar las preguntas para las cuales no tenemos palabras para preguntar, y a escuchar el silencio del que surgen esas preguntas y el silencio que es la respuesta a esas preguntas.

Basándose en nada más elaborado que la poesía de su propia vida, que use palabras e imágenes que ayuden a hacer transparente la superficie de nuestras vidas a la verdad que yace en lo profundo dentro de ellas, que es la verdad sin palabras de quiénes somos y quién es Dios y el Evangelio de nuestro encuentro.

II. El Evangelio como Tragedia

La predicación del Evangelio es un decir de la verdad o el poner una especie de marco de palabras alrededor del silencio que es la verdad, porque la verdad en el sentido de plenitud, de cómo son las cosas, en el mejor de los casos solo puede ser señalada por el lenguaje de la poesía —de la metáfora, la imagen, el símbolo— tal como se usa en los profetas del Antiguo Testamento y en otros lugares. Antes de que el Evangelio sea una palabra, es un silencio, una especie de presentación de la vida misma para que la veamos no por lo que en diversos momentos la llamamos —sin sentido o significativa, absurda, hermosa— sino por lo que verdaderamente es en toda su complejidad, simplicidad, misterio.

El silencio de Jesús en respuesta a la pregunta de Pilato sobre la verdad parece ser tal presentación, al igual que de cierta manera el silencio de las noticias de televisión con el sonido apagado —las noticias reales son lo que vemos y sentimos, no lo que Walter Cronkite nos dice— o el silencio que el Salmista significa cuando dice: "Estad quietos y sabed que yo soy Dios". En cada caso es un silencio que exige ser escuchado porque es un silencio presentado, y el predicador debe de algún modo presentar él mismo este silencio y misterio de la verdad hablando lo que siente, no lo que debería decir; hablando no solo la luz y la esperanza de ello sino también la oscuridad, todo ello, porque el Evangelio tiene que ver con todo ello.

Puesto que las palabras son su principal instrumento, las palabras son lo que principalmente tiene que usar, pero recordando siempre que el silencio que sus palabras enmarcan —el silencio del que sus palabras nacen y que sus palabras rompen y por el que sus palabras son tragadas— bien puede transmitir el misterio de la verdad mejor que las palabras mismas, así como el espacio vacío dentro de una iglesia bien puede transmitir mejor que todo el arte y la arquitectura de una iglesia el misterio de aquello en lo que vivimos, nos movemos y existimos. Ponemos marcos de palabras alrededor del silencio y cascarones de piedra y madera alrededor del vacío, pero es el silencio, el vacío mismo, lo que finalmente importa y de lo cual el

Evangelio viene como palabra.

Viene como una palabra trágica, entre otras cosas, y nuevamente es en el *Rey Lear* donde encontramos un epígrafe, otro conjunto de líneas, pero en lugar de citarlas directamente, quiero acercarme a ellas tal como son citadas en el curso de una escena de una novela. La escena tiene lugar en una clase de inglés de secundaria donde un grupo de estudiantes del último año están siendo enseñados sobre la obra por un profesor que es él mismo el narrador de la escena. La describe de esta manera:

La clase sobre Lear había ido mejor de lo habitual. Era el tercer acto lo que estaba en discusión ese día —Lear en el páramo con Kent y el Bufón, la tormenta acercándose— y nada podría haber parecido más remoto de nuestra condición, sin embargo hubo un momento o dos en que por alguna razón funcionó, cobró vida, sin ningún mérito mío. Allí estaban todos sentados somnolientos y llenos después del almuerzo. Había una clase de gimnasia afuera. Se podía oír a alguien contando ejercicios, uno y dos, y uno y dos. Había un abejorro golpeando suavemente de un lado a otro por el techo, pero nadie le prestaba mucha atención. Yo estaba sentado en el alféizar de la ventana en mangas de camisa haciendo algunas preguntas aburridas que alguien había escrito en el margen de mi ejemplar de enseñanza y preguntándome ociosamente quién las había escrito y cuándo, sin importarme mucho si alguien intentaba responderlas o no. "¿Qué evidencia encuentras en el Acto Tres de un cambio significativo en el carácter de Lear?" era una de las preguntas, y un chico gordo llamado William Urquhart me sorprendió respondiéndola. Estaba sentado todo encorvado con la cabeza entre los brazos sobre el escritorio, y yo había pensado que estaba dormido. Su voz salió amortiguada por su brazo. Dijo: "Se ha vuelto más amable".

Dije: "¿Qué te hace pensar eso?"

La segunda pregunta llegando tan rápido tras la primera que acababa de responder era más de lo que William Urquhart había esperado, y cambió su cabeza al otro brazo sin decir nada. Se podía ver dónde su mejilla se había puesto toda húmeda y roja donde

había estado recostado sobre ella, y estaba la marca de arrugas de su manga.

La pelota fue recogida por un chico llamado Greg Dixon. Era el miembro más lleno de granos de la clase y el menos popular. Dijo: "Bueno, cuando comienza a llover, piensa en que el Bufón también se mantenga seco. Lo dice aquí en alguna parte. 'Ven, muchacho mío. ¿Cómo estás, muchacho mío?' Aquí está. Dice: 'Pobre bufón y villano, tengo una parte en mi corazón / Que todavía se compadece de ti'. Se está volviendo más amable con la gente, tal como dijo Urquhart".

"Además, dice una oración por la gente". Era Laura Fleischman quien había hablado esta vez. Siempre se sentaba en la última fila junto a un apuesto jugador de baloncesto llamado Carl West, quien sabía que podía tener a cualquier chica de la clase pero por el momento se había decidido por ella. Por lo general no hablaba en absoluto o hablaba con una especie de falta de aliento sobresaltada como si ella misma estuviera sorprendida de que algo aparte de Carl West pudiera provocarle una reacción.

Alguien soltó una carcajada no tanto por lo que había dicho, pensé, sino por el hecho de que había sido ella quien lo había dicho. Carl West estaba sentado allí junto a ella con sus pies en calcetines estirados tan lejos como podían ir y su cabeza echada hacia atrás como para mirar al abejorro en el techo.

"Nadie dice una oración en mi libro", dijo Greg Dixon.

"Línea 35", dijo Laura Fleischman.

"Eso no es una oración", dijo Greg Dixon. "No se parece a ninguna oración que yo haya escuchado. Ni siquiera dice Dios en ella".

Dije: "Adelante y léela en voz alta, Laura".

Carl West estaba sentado encorvado de lado ahora tan lejos de Laura Fleischman como podía estar sin levantarse y cambiar de asiento. Estaba mirando hacia abajo al brazo de escritura de madera, trazando alguna cicatriz en él una y otra vez con un dedo.

Con una voz pequeña y medio apologética, con el conteo calisténico continuando de fondo, ella leyó:

Pobres desdichados desnudos, dondequiera que estéis,
Que soportáis el azote de esta tormenta despiadada,
¿Cómo vuestras cabezas sin techo y vuestros costados sin alimento,
Vuestros harapos llenos de agujeros y ventanas, os defenderán
De estaciones como estas?

Cada persona tiene un momento particular en su vida cuando es más hermosa de lo que volverá a ser jamás. Para algunos es a los siete años, para otros a los diecisiete o setenta, y mientras Laura Fleischman leía en voz alta de Shakespeare, recuerdo haber pensado que para ella era probablemente justo entonces. Su largo cabello dividiéndose sobre sus hombros desnudos, sus pestañas oscuras contra sus mejillas mientras miraba hacia abajo a la página, no podía ir a ninguna parte desde este momento excepto alejándose de él. Todavía le quedaba un largo camino por recorrer antes de dejarlo para siempre, pero me sentí como el Padre Hopkins de todos modos mientras la observaba:

¿Cómo mantener... de vuelta la belleza, mantenerla, belleza, belleza, belleza,... de desvanecerse?

"'Exponte a sentir lo que sienten los desdichados', leyó, 'Para que puedas sacudir el superfluo hacia ellos, / Y mostrar los cielos más justos'" y dos, y uno y dos, la voz flotaba a través de las ventanas abiertas. Carl West tenía una mano sobre sus ojos como para protegerlos del sol, la otra ahuecada en su entrepierna. El abejorro bajó pesadamente del techo y golpeó la pizarra con un pequeño ruido sordo, luego se arrastró como borracho a lo largo de la bandeja de tiza.

Dije: "¿Quiénes son estos pobres desdichados desnudos por los que está orando, si ella tiene razón en que está orando?"

Greg Dixon dijo: "Nosotros lo somos".

Lo dijo para ser gracioso —ellos eran los pobres desdichados desnudos por tener que sentarse allí y escuchar a Laura Fleischman

leer verso blanco cuando podrían estar en algún lugar divirtiéndose con lo que Greg Dixon consideraba diversión— pero nadie se rio. Tal vez solo les atribuí mis propios pensamientos, pero me pareció que por un momento o dos en ese aula somnolienta todos sintieron alguna verdad no intencionada en las palabras de Greg Dixon.

*Laura Fleischman en la plenitud de su tiempo. William Urquhart en su gordura. Greg Dixon con sus granos. Carl West apuesto y aburrido con el conocimiento de que podía tener a cualquier chica en esa sala. Eran los pobres desdichados desnudos, y al menos por el momento sabían que lo eran. Todos nosotros. La "tormenta despiadada". Fin de cita**

Desde el silencio de un aula de secundaria se pronuncia la palabra trágica, y, si el profesor tiene razón en sus conjeturas, también se escucha. Los pobres desdichados desnudos del mundo son todos ellos, todo el mundo. No lo sabían antes, pero ahora lo saben porque lo han escuchado pronunciar. Sin la palabra, tal vez nunca lo habrían adivinado, o, si lo hubieran adivinado, habría sido para ellos solo una cosa más no dicha entre muchas otras cosas no dichas que llevaban dentro de los mundos que eran.

Una vez pronunciada, la palabra de su desnudez y desdicha es una palabra demoledora. Son jóvenes y están llenos después del almuerzo y llenos de esperanza y vestidos con la belleza que es ser joven, y así de todas las personas son de cierta manera los menos desnudos, los menos desdichados; pero la palabra de la vieja obra les dice por un momento lo contrario. Habla de una manera que no pueden evitar escuchar para sí mismos, que es el poder asombroso de las palabras porque, aunque hay momentos en que nos protegen de la realidad, en otros momentos nos asaltan con ella.

La obra les dice que la vida es una tormenta despiadada y que son tan vulnerables a ella como el propio Lear, no solo en el sentido de que la juventud envejece y la belleza se desvanece, sino en el sentido de que la juventud y la belleza mismas son vulnerables: sus cabezas están sin techo, su juventud misma es un harapo lleno de agujeros y ventanas y tan inadecuada para la tarea de protegerlos como la

urbanidad de mediana edad de su profesor es inadecuada para la tarea de protegerlo a él.

La palabra de la obra los desnuda por un momento y desnuda a su profesor con ellos, y en esa medida Shakespeare se convierte en predicador porque desnudarnos es parte de lo que es la predicación, la parte trágica.

Pensar en la desnudez es pensar en cómo la ocultamos unos de otros y de nosotros mismos, y de repente allí están todos los conferenciantes Beecher de nuevo con toda la ropa que usaban. Estaba la ropa del siglo XIX en toda su abundancia: las faldas largas y llenas y las mangas largas y los cuellos altos, los chales y bufandas y guantes, los sombreros y los sombreros de copa para protegerse del clima. Y está nuestra ropa también, todos nosotros envueltos a nuestra manera del siglo XX y por nuestras propias razones, para mantener dentro, para mantener fuera, lo que sea. La tormenta despiadada.

Allí están los conferenciantes vestidos con toda su ropa y vestidos también con sus logros, sus reputaciones de ingenio, elocuencia, piedad, eclesiología, conocimiento, algo; vestidos con sus pretensiones, en la dignidad que viene de ser invitado a dar conferencias en algún lugar en primer lugar; vestidos en la seguridad de saber que casi sin importar lo que dijeran, la gente asumiría que habían dicho algo que valía la pena escuchar.

El Deán Inge fue un fracaso, nos dicen, sirviendo un montón de sobras recalentadas de esto y aquello, pero incluso como fracaso seguía siendo el Deán Inge, vestido tan inconfundiblemente con la catedral de San Pablo como con sus polainas jerárquicas. Y la gente a la que daban conferencias, vestida con lo que estuvieran vestidos y aún están vestidos: sus propias seguridades y pretensiones y reputaciones, sus expectativas de asistentes a conferencias, su esperanza de que tal vez esta vez se pronuncie una palabra para iluminar no solo su comprensión sino sus vidas, una palabra que dé vida.

Hablo de la ropa no solo como hipocresía y disfraz, aunque a veces eso para todos nosotros, Dios lo sabe, sino de la ropa como esencial

para la supervivencia porque no podemos soportar demasiada desnudez, así como no podemos soportar demasiado silencio, que nos desnuda. Y en el *Rey Lear* también estas imágenes de ropa y desnudez abundan como uno de los conjuntos recurrentes de imágenes que mantienen el tema o la palabra de la obra tan móvil y vivo como la trama mantiene a los personajes.

A veces estas imágenes son verbales y a veces se hacen visibles en el escenario, como en la escena donde Lear intercambia sus túnicas reales por harapos y hierbas para enfrentar la tormenta, donde Edgar se quita su tweed de Saville Row para convertirse en cambio en un mendigo de Bedlam medio vestido, donde el bufón tirita en su endeble traje de motley contra el viento cortante y Kent deja a un lado su fino atuendo ducal por un overol raído de hombre pobre, cubre-nadas.

Incluso las hermanas malvadas, Goneril y Regan, aunque retienen hasta el final los magníficos atavíos de su rango, están de todas las demás maneras desnudadas, expuestas menos por la maldad que por la impotencia de lo que son debajo.

En la medida en que la palabra de la obra es una palabra trágica, resuena en su plenitud cuando Lear se encuentra con Edgar parado medio desnudo en el amargo páramo y pregunta por todos nosotros: "¿No es el hombre más que esto?", y luego da la respuesta a su propia pregunta. "Tú eres la cosa misma", dice Lear. "El hombre sin acomodo no es más que un pobre animal desnudo, bífido y bifurcado como tú". Entonces el viejo rey comienza a arrancarse los pocos harapos que le quedan como si en la terrible lucidez de su locura supiera que si alguna vez ha de haber una verdadera sanación y ayuda, un verdadero refugio y vestimenta para cualquiera de nosotros, tiene que comenzar con nuestra desnudez e impotencia.

Casi lo último que dice mientras está muriendo es "Os ruego, desabrochad este botón", de todas las palabras incongruentes y encantadas, como si de todos los momentos de su vida el que revive allí al final como más precioso es el momento en que en su desnudez fue más regio, cuando en su impotencia fue más invencible, en la locura de su desesperación más lúcido.

Shakespeare desnuda a sus personajes y, gran predicador que es, nos desnuda junto con ellos como fueron desnudados los estudiantes de secundaria en su aula. Debajo de nuestra ropa, nuestras reputaciones, nuestras pretensiones, debajo de nuestra religión o falta de ella, todos somos vulnerables tanto a la tormenta exterior como a la tormenta interior, y si alguna vez hemos de encontrar verdadero refugio, es con el reconocimiento de nuestra trágica desnudez y necesidad de verdadero refugio que tenemos que comenzar.

Por lo tanto, me parece que aquí es también donde debe comenzar cualquiera que predique el Evangelio: después del silencio que es verdad viene la noticia que es mala antes de ser buena, la palabra que es tragedia antes de ser comedia porque nos desnuda para finalmente vestirnos.

Aquí es, por supuesto, donde Jesús comienza, y su palabra de tragedia es "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados" y luego deténgase allí, deténgase allí, porque "y yo os haré descansar" es la palabra de comedia y viene después. *Todos los que estáis trabajados y cargados* —Jesús pronuncia su palabra como tragediógrafo, y la palabra flota libre en el Nuevo Testamento sin ningún evento especial al que anclarla y sin ningún oyente especial representado como escuchándola porque está dirigida a cualquiera que escuche, y no hay evento al que no hable. Flota suelta para que pueda encontrar su anclaje en cualquier lugar.

Cuando dice: "Tomad vuestra cruz y seguidme", creo que está diciendo lo mismo porque antes de que signifique tomar alguna misión especial o algún sacrificio o responsabilidad especial, "tomad vuestra cruz" significa simplemente tomar la carga de tu propia vida porque por el momento de todos modos, tal vez esa sea carga suficiente. Tomarla en el sentido de tocarla y probarla y escucharla, mirarte a ti mismo y a tu propia vida y oler el olor de tu mortalidad y desnudez. Todos vosotros. ¿Quiénes son los pobres desdichados desnudos? ¿Quiénes son los que trabajan y están cargados? *Todos vosotros*, dice Jesús —esa es su palabra trágica para nosotros, y sus predicadores deben hablarla después de él si han de ser fieles a su verdad.

Hay toda clase de presiones sobre el predicador, tanto desde dentro como desde fuera, para ser toda clase de otras cosas y para hablar toda clase de otras palabras. Hablar la verdad con amor es correr siempre el riesgo de hablar solo las verdades que la gente ama escucharte hablar, y la tentación del predicador, entre otras, es tratar solo con aquellos problemas a los cuales hay, por compleja y difícil que sea de alcanzar, una solución. La presión sobre el predicador es ser actual y contemporáneo, hablar como los profetas contra la injusticia y la iniquidad, y es correcto que lo haga, crucial incluso, y si no impulsa a la acción justa falla tanto a Dios como al hombre.

Pero debe recordar a aquellos a quienes habla que debajo de toda la ropa que usan son los pobres animales desnudos y bífidos que trabajan y están cargados bajo el peso de sus propias vidas, por no hablar de la vida trágica del mundo.

Está el que no puede dejar de pensar en el suicidio. El que experimenta su propia sexualidad como una culpa de la que nunca puede ser absuelto. El que cuyo miedo a la muerte es solo una pantalla detrás de la cual yace su miedo más profundo a la vida. La que de cierta manera está lisiada por su propia belleza porque ha significado que nunca ha tenido que ser amorosa o humana para ser amada, sino solo hermosa. Y el airado. El solitario.

Para el predicador ser relevante a los problemas asombrosos de la historia es arriesgarse a ser irrelevante a los problemas asombrosos de los que están allí sentados escuchando desde sus propias historias. Tratar con los problemas a los cuales hay una solución posible puede ser una manera de evitar los problemas a los cuales, humanamente hablando, no hay solución.

Cuando Jesús fue llevado al lugar donde yacía muerto su amigo Lázaro, por ejemplo, no ofreció ninguna solución. Solo lloró. Luego las otras cosas que dijo e hizo. Pero primero simplemente dejó que sus lágrimas fueran su palabra.

Un joven ministro conocido mío dijo no hace mucho: "Hay dos tipos de cristianos en el mundo. Están los cristianos sombríos y están los cristianos alegres", y no había ni sombra de duda de cuál tipo prefería él con su sonrisa tan brillante como su alzacuellos, lleno de

energía y don de palabra, y hay poca duda sobre cuál preferimos todos nosotros. ¿Y por qué no? El gozo está al final de todo, después de todo. El asombro y el gozo son a lo que nuestra fe finalmente apunta, e incluso San Pablo, ese en cierto modo más sombrío de los cristianos, dijo lo mismo aunque estaba apenas menos maltratado que el Jesús que predicaba para cuando había pasado por sus cuarenta latigazos menos uno, sus apedreamientos y naufragios y noches sin dormir.

Sin embargo, al final, lamiendo sus heridas en un encierro romano, escribió: "Regocijaos en el Señor siempre; otra vez digo, regocijaos" (Fil. 4:4). Pero es al final que lo escribió. *Regocijaos* es la última palabra y solo puede ser dicha después de la primera palabra. La palabra de refugio solo puede ser dicha después de la palabra que nos deja sin un techo sobre nuestras cabezas, la palabra que responde solo después de la palabra a la que responde.

La presión sobre el predicador, por supuesto, es hablar solo la respuesta. La respuesta es lo que la gente ha venido a escuchar y lo que él también ha venido a escuchar, predicando siempre tanto a sí mismo como a cualquiera, para mantener su ánimo arriba. Tiene que dar una respuesta porque todos los demás están dando respuestas. La meditación trascendental es una respuesta, y el partido Demócrata es una respuesta, o el partido Republicano, y la acupuntura y la acupresión son respuestas, y también lo son los alimentos naturales, el yogur y el arroz integral. El yoga es una respuesta y el análisis transaccional y el footing.

La presión sobre el predicador es promover el Evangelio, vender a Cristo como una respuesta que eclipsa todas las otras respuestas hablando del lado brillante, llamando incluso al día de su muerte Viernes Santo cuando si fue bueno, fue bueno solo después de haber sido malo, el peor de todos los viernes. La presión es ser un hombre de relaciones públicas, y por qué no, solo que no en detrimento de las relaciones privadas, las relaciones especialmente de un hombre con Dios y con Dios menos como una presencia mucho del tiempo que como una ausencia, un lugar vacío donde pertenecen la gracia y la paz.

El predicador tiene que estar dispuesto a hablar una palabra tan trágica como la que Jesús habla, que es la palabra de que incluso si todos los problemas que pueden resolverse se resuelven —pobreza, guerra, ignorancia, injusticia, enfermedad— e incluso si todas las respuestas que el mundo puede dar son probadas cada una a su manera factibles, aun así el hombre trabaja y está cargado en su impotencia; pobre desdichado desnudo que soporta el azote de la tormenta que no es menos despiadada por toda la predicación de todos los predicadores.

Cuando llevaron a Jesús al lugar donde yacía su amigo muerto, Jesús lloró. Es muy fácil sentimentalizar la escena y muy tentador porque sentimentalizar algo es mirar solo a la emoción en ello y a la emoción que despierta en nosotros en lugar de a la realidad de ello, que siempre estamos tentados a no mirar porque la realidad, la verdad, el silencio son todo lo que no somos muy buenos y evitamos cuando podemos.

Sentimentalizar algo es saborear en lugar de sufrir la tristeza de ello, es suspirar por la lindeza de ello en lugar de temblar ante la belleza de ello, que puede hacer demandas temibles de nosotros o plantear amenazas temibles. No solo como predicadores sino como cristianos en general estamos particularmente dados a sentimentalizar nuestra fe, como dan testimonio mucho del arte cristiano y la predicación cristiana: el sermón como melodrama lacrimógeno, el Evangelio como un jarrón de rosas de tallo largo y aliento de bebé para alegrar el frente de la iglesia, Jesús como Gregory Peck.

Pero aquí parado junto al cuerpo muerto de su amigo muerto no es Gregory Peck. No tiene forma ni belleza que debiéramos desearle, y como uno de quien los hombres esconden sus rostros nos apartamos de él. Ver a un hombre llorar no es una vista agradable, especialmente este hombre que queremos que sea más fuerte y más valiente que un hombre, y el impulso es apartarnos de él como nos apartamos de cualquiera que llora porque la vista de lágrimas reales, dolorosas y desfigurantes, nos obliga a mirar a su fuente donde no elegimos mirar porque de donde vienen sus lágrimas, nuestras lágrimas también vienen.

¿Por qué llora? La narrativa nos dice que la gente parada alrededor de él dijo que era porque amaba a Lázaro, y no es difícil creer que eso fue parte de ello. Lázaro es el único amigo que los Evangelios nombran que no parece haber sido un discípulo especialmente sino solo un amigo, alguien con quien no tenía que ser el mesías tal vez sino que podía ser simplemente él mismo, alguien con quien tomar una copa de vez en cuando, contarle cómo era ser él mismo. Lázaro era su amigo, y lo amaba, así que ahora que estaba muerto, Jesús lloró —lloró por su amigo y lloró por sí mismo que tendría que enfrentar la música de ahora en adelante sin su amigo.

Esa es la manera en que algunos de los que estaban allí explicaron las lágrimas que vieron rodar, pero otros implicaron una explicación diferente, y debemos escuchar especialmente a ellos. Dijeron: "¿No podía este que abrió los ojos del ciego haber impedido que este hombre muriera?" (Juan 11:37).

Fue una cosa devastadora de decir porque lo más probable es que Jesús ya se lo había dicho a sí mismo. Si realmente era la resurrección y la vida, ¿no había algo que podría haber hecho para mantener viva la vida de este único hombre? Si Dios realmente estaba en él, él y el Padre uno como había dicho, ¿no había algo que Dios podría haber hecho? Ambas hermanas del hombre muerto le habían dicho lo mismo cuando llegó por primera vez. "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto" (Juan 11:21), dijo Marta, y unos minutos después María también lo dijo.

El hecho contundente era que no había estado allí, y su hermano había muerto. La respuesta contundente a la pregunta: "¿No podía este que abrió los ojos del ciego haber impedido que este hombre muriera?" (Juan 11:37) era no. No pudo. Y había algo más que era aún más contundente: que el Dios que estaba en él aparentemente tampoco pudo impedir que el hombre muriera, o si *pudo* no es un verbo del que se pueda hacer a Dios el sujeto, entonces *quiso* no o al menos *hizo* no. El hombre murió. Jesús lloró.

Y lloró no solo por amor y pérdida, presumiblemente, sino como uno familiarizado con un dolor aún más profundo, que uno puede imaginar fue dolor tanto por su propio fracaso en salvar la vida de

Lázaro como también por el fracaso en cierta medida de su propia vida y del reino que predicaba, dolor tanto por su propia ausencia cuando Lázaro lo necesitaba como por la ausencia de Dios.

Más tarde en el jardín donde era su propia muerte la que tenía que sudar, se nos dice que sudó sangre. Dijo: "Padre, si estás dispuesto, aparta de mí esta copa" (Lucas 22:42), y la copa no fue apartada de él presumiblemente porque el Padre no estaba dispuesto a apartarla, y uno sospecha que la falta de disposición del Padre puede haber sido más difícil para Jesús de tragar que la copa misma.

Más tarde fue aún más difícil. Para cuando había estado colgando allí un rato, no le quedaban lágrimas con qué llorar y no más sudor, su lengua tan seca que apenas podía envolverla alrededor de las palabras que están entre las pocas que pronunció que la gente recordó en el idioma en que las pronunció, probablemente porque habiéndolas escuchado una vez, nunca pudieron olvidarlas por más que lo intentaran, y probablemente lo intentaron duro y a menudo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué has—" y luego el verbo arameo de una raíz árabe que significa abandonar, dejar en la estacada, estar demonios de lejos. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mat. 27:46).

Dios mío, ¿dónde demonios estás?, queriendo decir: Si eres nuestro Padre que estás en el Cielo, sé también nuestro Padre que estás en el Infierno porque el Infierno es donde está la acción, donde estoy yo y la cruz. Es donde está la tormenta despiadada. Es donde los hombres trabajan y están cargados bajo el peso de sus propias vidas sin ti. Donde se cortan afeitándose y fuman tres paquetes al día aunque conocen de memoria la advertencia del cirujano general.

Cuando el predicador sube a su púlpito, enciende la luz del atril y extiende sus tarjetas de notas como una mano de póker, tal vez incluso el estudiante de segundo año de vacaciones que está allí solo porque alguien lo arrastró presta atención por un segundo o dos junto con el resto de ellos porque creen que el hombre que está parado allí arriba con una túnica negra con la pequeña mancha de lápiz estíptico en la barbilla tiene algo que ellos no tienen o al menos no de la

misma manera que él lo tiene porque es un profesional.

Profesa y representa en público lo que ellos con diversos grados de convicción o la falta de ella suscriben principalmente en privado. Ha ido a un seminario y ha estudiado todo lo que uno estudia en un seminario. Tiene un título para demostrarlo, y más allá del título tiene su ordenación y el extraordinario título de reverendo, que no importa cuán bien lo conozcan en el campo de golf o el circuito de cócteles lo distingue como alguien a quien reverenciar no por algo que sabe o algo que es en sí mismo sino porque, como un embajador es reverenciado por el gobierno que representa, él debe ser reverenciado por representar a Cristo.

Todo esto profundiza el silencio con el que están sentados allí esperando que él obre un milagro, y el milagro que están esperando es que no solo *diga* que Dios está presente, porque ya lo han escuchado decir antes y no ha hecho gran y duradera diferencia para ellos, no solo hablará la palabra de gozo, esperanza, comedia, porque también la han escuchado hablar antes y la han hablado entre ellos mismos, sino que de algún modo la hará real para ellos.

Esperan que les haga a Dios real a través del sacramento de las palabras como se supone que Dios se hace real en el sacramento del pan y el vino, y no hay lugar donde el predicador sea más consciente de su propia desnudez e impotencia que aquí en el púlpito mientras escucha el silencio de su espera. Pobre animal desnudo y bífido en su casulla con el corazón en la boca si no aún el pie. ¿Qué puede decir? ¿Qué palabra puede pronunciar con suficiente poder para empoderarlos, esperando allí?

Pero que cobre ánimo. No está llamado a ser un actor, un mago, en el púlpito. Está llamado a ser él mismo. Está llamado a decir la verdad como la ha experimentado. Está llamado a ser humano, a ser humano, y ese es llamado suficiente para cualquier hombre. Si no les hace real la experiencia humana de lo que es clamar en la tormenta y no recibir respuesta, estar enfermo del corazón y no encontrar sanación, entonces se convierte en el único allí que parece no haber tenido esa experiencia porque muy seguramente debajo de sus sombreros y chales y chaquetas, debajo de sus afros y coletas, todos

los demás allí la han tenido, hablen de ella o no.

Tanto como cualquier otra cosa, es su experiencia de la ausencia de Dios lo que los ha traído allí en busca de su presencia, y si el predicador no habla de eso y a eso, entonces se convierte como el capitán de un barco que es el único a bordo que o no sabe que las olas tienen veinte pies de alto y las cubiertas están inundadas o no lo enfrentará, de modo que cualquier otra cosa que intente decir a modo de esperanza y consuelo y empoderamiento se vuelve sospechoso sobre la base de esa única ignorancia crucial o falta de sinceridad o cobardía o reticencia a hablar con amor cualquier verdad excepto las que la gente ama escuchar.

La ausencia de Dios no es solo una idea para conjurar, un vacío para que el predicador intente amueblar, como una casa, con silla y sofá, calor y luz, para hacerla habitable. La ausencia de Dios es justamente aquello que no es habitable. Son las lágrimas que Jesús lloró por Lázaro y el sudor que sudó en el jardín y el grito que ahogó cuando su propia lengua llenó su boca como una mordaza. La negrura de la túnica negra del predicador habla de la angustia de ello. La Biblia desde la que predica habla de ello. Los profetas y los salmos todos hablan del que no está allí cuando más se le necesita, por no mencionar a Noé y Abraham, Gedeón, Barac, Sansón y David, y el resto de ellos que, si no hablaron de su angustia, la llevaron en sus corazones y se dejaron crecer barbas y usaron túnicas y armaduras y efods y sombreros de copa para ayudar a ocultarla incluso de sí mismos porque, como el autor de Hebreos los desnuda a ellos y a todos nosotros al expresarlo: "Todos estos murieron sin haber recibido lo prometido" (Heb. 11:13), la angustia de eso, de haber como mucho, y de ninguna manera cada domingo del año, vislumbrado solo desde lejos como una luz en el horizonte que podría haber sido solo un espejismo.

La cruz que es un símbolo de derrota antes de ser un símbolo de victoria habla también de la ausencia de Dios, y Jesús habla de ello. Dice: "Viendo no ven y oyendo no oyen" (Mat. 13:13). Dice: "¿Por qué busca señal esta generación? De cierto os digo que no se dará señal a esta generación" (Mat. 12:39), y en la cruz hasta donde se nos dice tampoco se le dio ninguna señal a él, solo una esponja

empapada en vino barato y una palabra de frío consuelo del buen ladrón que pidió ser recordado en su poder regio, le pidió a él que murió sin poder levantar saliva y parecía menos un rey que un accidente callejero.

Dice: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado sosteniendo la bolsa, sosteniendo el mundo, cuando apenas puedo sostener mi propia cabeza?"

Jesús comparte con nosotros la oscuridad de lo que es estar sin Dios así como muestra la gloria de lo que es estar con Dios. Habla de ello, y tal vez eso es mucho de por qué, aunque no lo hemos seguido muy bien estos pasados dos mil años más o menos, nunca hemos podido del todo dejar de escucharlo. Escuchamos casi a pesar de nosotros mismos cuando nos dice que el barco se está hundiendo con todos a bordo. Todos vosotros trabajáis y estáis cargados, dice.

Es una cosa espantosa decirnos cuando estamos intentando tan duro fingir que no es así, así como es espantoso decir incluso a los jóvenes y hermosos y llenos de esperanza que los pobres desdichados desnudos del mundo son ellos mismos. Pero incluso cuando estamos espantados, escuchamos porque sabemos que él conoce lo peor tan bien como nosotros. Kilroy ha estado allí antes que nosotros.

Los viejos y los jóvenes. Los inteligentes y los tontos. Los afortunados y los desafortunados. Los intelectuales y los drogadictos, los de Liberación Gay y los Obreros Duros. Todos escuchan como pueden escuchar incluso al predicador si se arriesga él mismo a ser embarazoso, espantándonos al exponer la desnudez de los pobres desdichados desnudos y su propia desnudez.

El mundo esconde a Dios de nosotros, o nos escondemos de Dios, o por razones propias Dios se esconde de nosotros, pero de cualquier manera que lo expliques, a menudo es más conspicuo por su ausencia que por su presencia, y su ausencia es mucho de aquello bajo lo que trabajamos y por lo que estamos cargados. Así como la teología sacramental habla de una doctrina de la Presencia Real, tal vez debería hablar también de una doctrina de la Ausencia Real porque la ausencia también puede ser sacramental, una puerta dejada abierta, una cámara del corazón mantenida lista y esperando.

Es desde el torbellino que Job primero escucha a Dios decir: "¿Quién es este que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento?" (Job 42:3). Es desde la ausencia de Dios que Dios se hace presente, y no es solo el torbellino lo que representa su ausencia, no solo la tormenta y el caos del mundo que echa por tierra todos los intentos del hombre de encontrar a Dios en el mundo, sino que Dios está ausente también de todas las palabras de Job sobre Dios, y de las palabras de sus consoladores, porque son palabras sin conocimiento que oscurecen el asunto de Dios al intentar definirlo como presente en formas y lugares donde no está presente, definirlo como orden moral, como la mejor respuesta que el hombre puede dar al problema de su vida.

Dios no es una respuesta que el hombre puede dar, dice Dios. Dios mismo no da respuestas. Se da a sí mismo, y en medio del torbellino de su ausencia se da a sí mismo.

También está Elías. Jezabel, la reina, dinamita los lugares santos y fusila a los profetas hasta que Elías es el único que queda sin más razón para creer que Dios intervendrá en su favor de la que tuvo en favor de los demás. Así que se esconde en el desierto, y una vez más está la gran tormenta ante cuyo azote Elías está tan desnudo como el resto de ellos, y Dios no está presente en la tormenta, no en el viento o el terremoto o el fuego, y es su no estar presente lo que hace la tormenta insoportable o que *es* la tormenta porque el ojo de la tormenta es el ojo de Dios, la quietud y el vacío en el centro de la tormenta es la voz con la que habla, la voz suave y apacible que tienes que esforzarte por escuchar.

Es la misma tormenta contra la que Lear brama, por supuesto, con su "¡Soplad, vientos, y reventad vuestras mejillas! ¡rabia! ¡soplad! / Vosotras cataratas y huracanes, derramad" (3.2.1-2). Es suficiente para volver loco a un hombre como Lear y los profetas fueron todos locos. Tanto el mundo interior como el mundo exterior están amenazados más allá de lo soportable.

Habría un argumento fuerte para decir que mucha de la predicación más poderosa de nuestro tiempo es la predicación de los poetas,

dramaturgos, novelistas porque a menudo son ellos mejor que el resto de nosotros quienes hablan con terrible honestidad sobre la ausencia de Dios en el mundo y sobre la tormenta de su ausencia, tanto afuera como adentro, que, porque es insoportable, invivible, nos impulsa a mirar al ojo de la tormenta.

Pienso en el *Rey Lear* especialmente con su visión trágica de un mundo en el que los buenos y los malos por igual van a la muerte polvorienta y, parecería, igualmente sin sentido sin ningún Dios que intervenga en su favor, y sin embargo con su visión de un mundo en el que los desnudos e impotentes, las víctimas y los tontos, se vuelven al menos verdaderamente vivos antes de morir y así tocan sin embargo brevemente algo que yace más allá del poder de la muerte.

Son los mundanos, los sabios como el mundo entiende la sabiduría y fuertes en la manera en que el mundo entiende la fuerza, quienes están completamente condenados. Esta es tanto la paradoja central de *Lear* que toda la obra puede leerse como una glosa si no una homilía sobre ese pasaje en Primera de Corintios donde Pablo expresa la misma paradoja en casi los mismos términos al escribir:

"Dios escogió lo necio del mundo para avergonzar a los sabios. Dios escogió lo débil del mundo para avergonzar a los fuertes. Dios escogió lo bajo y despreciado del mundo, lo que no es, para reducir a nada lo que es" (1 Cor. 1:27-28)

...así señalando como Shakespeare señala al aparente vacío del mundo donde Dios pertenece y a cómo el vacío comienza a hacer eco como una concha vacía después de un tiempo hasta que puedes escuchar en él la voz suave y apacible del mar, escuchar fuerza en la debilidad, victoria en la derrota, presencia en la ausencia.

Pienso en Dostoievski en *Los hermanos Karamazov* cuando el cuerpo del amado Padre Zósima de Alyosha comienza a apestar en la muerte en lugar de despedir fragancia como se supone que el cuerpo muerto de un santo debe hacerlo, y en el momento mismo donde Alyosha ve el mundo más abandonado por Dios, de repente encuentra el mundo tan encendido con Dios que se precipita fuera de la capilla donde yace el cuerpo y besa la tierra como el rostro peludo

del mundo donde Dios, a pesar de y en medio de todo, está.

Pienso en *Moby Dick* de Herman Melville donde en su sermón sobre el Libro de Jonás el Padre Mapple encarga a todos los predicadores que no se encojan de enfrentar por sí mismos y proclamar el lado oscuro de la verdad como Alyosha fue forzado por el hedor de la muerte a enfrentarlo al decir:

¡Ay de aquel a quien este mundo encanta apartándolo del deber del Evangelio! ¡Ay de aquel que busca verter aceite sobre las aguas cuando Dios las ha convertido en vendaval! ¡Ay de aquel que busca agradar en lugar de espantar! ¡Ay de aquel cuyo buen nombre es más para él que la bondad! ¡Ay de aquel quien, en este mundo, no busca el deshonor! ¡Ay de aquel que no sería verdadero, aunque ser falso fuera salvación! Sí, ay de aquel quien, como el gran Piloto Pablo lo expresa, mientras predica a otros es él mismo un náufrago.

Melville mismo como predicador nos espanta al hablar la verdad trágica de un mundo oscuro y azotado por tormentas donde incluso la blancura de la gran ballena blanca es ambigua, representando por un lado la belleza, la alegría, la santidad, las vestiduras blancas del sacerdote en Pascua, y, por otro lado, la blancura de los tiburones y el desierto cubierto de nieve y la muerte —"No tanto un color", escribe, "como la ausencia visible de color... un incoloro, todo-color del ateísmo del que nos encogemos".

La ausencia es visible, dice Melville —podemos verla— pero si el ateísmo es una de las cosas que vemos en ella y de la que nos encogemos, la tentación de no creer, hay algo más que ver en ella también, y esto es de lo que escribe el poeta jesuita Gerard Manley Hopkins en su gran poema sobre el hundimiento del velero *Deutschland* en una tormenta invernal frente a la costa de Inglaterra con las monjas franciscanas exiliadas a bordo.

Pinta la tormenta misma, esta misma tormenta. Pinta las profundidades de lomo negro, hacedoras de viudas, que dejan sin hijos, que dejan sin padre, como las llama, el viento amargo impulsando la nieve y las olas asesinas ante él, y luego dice:

Sé adorado entre los hombres,

Dios...
Estruja a tu rebelde,...
...con naufragio y tormenta.
Más allá de decir dulce, pasado el decir de la lengua,
Eres relámpago y amor, lo encontré, un invierno y cálido.
Padre y acariciador del corazón que has estrujado:
Tienes tu oscuro descenso y eres más misericordioso entonces.
[Estrofa 9]

En la furia de la tormenta ve lo que llama "pasado todo / Agarre Dios, entronizado detrás / De la Muerte con una soberanía que atiende pero esconde, presagia pero permanece / Con una misericordia que cabalga por encima / Del todo del agua, un arca / Para el oyente; para el que se demora con un amor se desliza / Más bajo que la muerte y la oscuridad" (Estrofas 32-33).

Es a este Dios pasado-todo-agarre que atiende pero se esconde y está entronizado más bajo y más último que la muerte y la oscuridad que la monja alta clama: "¡Oh Cristo, ven pronto!" (Estrofa 24) hasta que finalmente él viene y la agarra en medio de la tormenta, "No un resplandor del día del juicio en su venida ni oscuro como vino; / Bondadoso, pero reclamando regiamente lo suyo" (Estrofa 34), de modo que al final del poema este poeta, que ningún cristiano vio jamás más profundo en la oscuridad, puede clamar por todos nosotros: "Que haga pascua en nosotros, sea un amanecer para la penumbra de nosotros, sea un este crestado de carmesí" (Estrofa 35).

Para Hopkins, como para los demás, hablar la verdad con poder significaba ser fiel a la experiencia de la verdad como entre otras cosas azotada por tormentas y trágica.

"En el principio... la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo" (Gén. 1:1-2), y como en el principio así también ahora porque nunca hay un tiempo en que la oscuridad y la penumbra no estén sobre la faz del abismo y sobre nuestros propios rostros. Lo que da tal poder a la predicación de estos artistas y lo que los hace voces de las que todos los predicadores harían bien en aprender es que están dispuestos a espantarnos y bendecirnos con su palabra trágica —hablar desde la oscuridad y llorar como Jesús

lloró porque tal vez solo entonces puede la realidad de la otra palabra volverse real para nosotros, la palabra que a la oscuridad sobre la faz del abismo es "Y dijo Dios: Sea la luz, y fue la luz" (Gén. 1:3), que a todos los que trabajan y están cargados es "y yo os haré descansar".

Predican la palabra de la tragedia humana, de un mundo donde los hombres pueden en el mejor de los casos ver a Dios solo débilmente y desde lejos, porque es verdad y porque es una palabra que debe ser hablada como preludio si la otra palabra ha de volverse también sacramental y real, que es la palabra de que Dios ha vencido al mundo oscuro —la palabra de la comedia divina.

III. El Evangelio como Comedia

El lugar para comenzar es con una mujer riendo. Es una mujer anciana y, tras una vida en el desierto, su rostro está agrietado y surcado como una sequía de seis meses. Encoge los hombros hacia las orejas y comienza a temblar. Cierra los ojos apretándolos, y su risa no es más que dientes de porcelana y jadeos y lágrimas que le corren mientras se balancea de un lado a otro en su silla de cocina. Se está riendo porque se acerca con fuerza a los noventa y uno y acaban de decirle que va a tener un bebé. Aunque fue un ángel quien se lo dijo, no puede controlarse, y su esposo tampoco puede controlarse. Él mantiene el rostro serio unos segundos más que ella, pero termina partiéndose de risa también. Ni siquiera el ángel permanece impasible. Esconde su boca detrás de su escapulario dorado, pero aún se le pueden ver los ojos. Son de un azul espuela de caballero y rebosan de algo de lo cual la risa de la anciana y su esposo es, en el mejor de los casos, solo una burda traducción.

El nombre de la anciana es Sara, por supuesto, y el del anciano es Abraham, y se están riendo ante la idea de que nazca un bebé en la sala geriátrica y de que Medicare pague la cuenta. Se están riendo porque el ángel no solo parece creerlo sino que parece esperar que ellos también lo crean. Se están riendo porque con una parte de sí mismos sí lo creen. Se están riendo porque con otra parte de sí mismos saben que se necesitaría un tonto para creerlo. Se están riendo porque reír es mejor que llorar y quizás ni siquiera tan diferente. Se están riendo porque si por alguna loca casualidad resultara ser cierto, entonces sí que tendrían algo de qué reírse. Se están riendo de Dios y con Dios, y también se están riendo de sí mismos porque la risa tiene eso en común con el llanto. No importa cuál sea la ocasión inmediata de tu risa o tus lágrimas, el objeto de ambas termina siendo tú mismo y tu propia vida.

Habían tenido toda una vida, la vieja pareja. Años antes, habían comenzado con buen pie en Mesopotamia. Tenían una bonita casa en los suburbios con un garaje para dos autos y televisión a color y una parrilla para barbacoa. Tenían una habitación toda lista para cuando

empezaran a llegar los bebés. Con su salud y el uno al otro y sus familias respaldándolos, tenían lo que se conoce como un futuro. Sara compraba su ropa en Bonwit's, hacía trabajo voluntario en el hospital, era miembro de la Liga de Mujeres Votantes. Abraham estaba ganando un excelente salario para ser un hombre joven, además de generosos beneficios adicionales y un plan de jubilación progresista. Y entonces encontraron la religión, o la religión los encontró a ellos, y Abraham quedó convencido de que lo que Dios quería que hicieran era levantar el campamento y partir hacia Canaán, donde Dios había prometido que haría de Abraham el padre de una gran nación que a su vez sería una bendición para todas las naciones, así que eso fue lo que hicieron, y ahí fue donde comenzaron sus problemas.

Pusieron la casa en el mercado y regalaron la televisión a color al hospital y consiguieron un buen precio por la cuna y el moisés porque nunca se habían usado y estaban como nuevos. Abraham escribió una carta de renuncia elocuente al presidente de la compañía y recibió una igualmente elocuente en respuesta, asegurándole que siempre habría un puesto esperándolo si alguna vez cambiaba de opinión y regresaba. "Si alguna vez recuperaba el juicio y regresaba" fue la forma en que el presidente lo expresó en su primer borrador porque, aunque pensaba que la religión era algo bueno, como la seguridad social y el ejercicio regular, no pensaba que fuera algo para volverse loco como Abraham, pero en su borrador final optó por una redacción más suave.

Así que partieron en su camioneta con un remolque U-haul detrás y un puñado de amigos y parientes que, si no compartían las convicciones religiosas de Abraham, decidieron de todos modos amarrar sus vagones a su estrella. Entre las personas que llevaron estaba su cuñado Lot. Resultó ser un grave error.

La palabra yiddish *schlemiel* se ha traducido como el tipo de persona que siempre anda por ahí derramando sopa sobre la gente y un *schlemozzle* como el tipo de persona sobre quien siempre se la está derramando, y según esa definición Abraham era un *schlemozzle*. Lo primero que salió mal en su viaje tuvo lugar cuando el faraón egipcio quedó impresionado por la belleza de Sara e hizo un serio intento de

seducirla. Abraham, temiendo que si el Faraón descubría que era una mujer casada pudiera decidir deshacerse de su esposo, le aconsejó que dijera que era su hermana en lugar de su esposa y dejara que las cosas cayeran donde pudieran. Esto llevó a una situación doméstica complicada que casi le cuesta a Abraham la mujer que iba a ser la madre de la gran nación y de la cual finalmente pudo salir solo admitiendo que había mentido y sufriendo así una considerable pérdida tanto de dignidad como de credibilidad.

Lo siguiente que salió mal ocurrió cuando finalmente llegaron cojeando a la tierra prometida y se desarrolló una desagradable situación entre Abraham y sus cuñados. Lot y su gente alegaron que el lugar no era lo suficientemente grande para ambos, y la gente de Abraham dijo que no podían estar más de acuerdo, así que, como una salida al impasse, Abraham propuso que dividieran la tierra en dos y cada uno tomara la mitad. Entonces cometió el error de decirle a Lot que él podía elegir primero, y por supuesto Lot eligió la mitad que era tierra de pastoreo fértil alrededor del río Jordán y Abraham quedó con el área desastrosa alrededor del Barranco del Hombre Muerto. En otras palabras, toda Canaán era la Tierra Prometida, pero algunas partes eran más prometedoras que otras.

Lo siguiente fue lo peor. Elegido por Dios mismo para ser el futuro padre de una gran nación, Abraham hizo el descubrimiento de que no tenía ni la más remota posibilidad de convertirse en el padre de nada porque después de exhaustivos exámenes médicos todas las autoridades principales concordaron en que Sara era tan estéril como la mayor parte del terreno con el que Lot los había dejado.

Así que los años rodaron como cochecitos vacíos hasta que finalmente, cuando Abraham tenía cien años y Sara noventa, llegó el ángel para hacer su sorprendente anuncio. Dijo que cuando Dios hacía una promesa, la cumplía, y Sara iba a tener un niño. Entonces se rieron. Un relato dice que Abraham se rió hasta caer sobre su rostro, y el otro relato dice que Sara fue quien lo hizo. Ella estaba escondida detrás de la puerta de su tienda cuando el ángel habló, y fue su risa la que los puso a todos en marcha. Según el Génesis, Dios intervino entonces y preguntó sobre la risa de Sara, y Sara se asustó muchísimo y negó todo. Entonces Dios dijo: "No, pero sí te reíste",

y, por supuesto, tenía razón. Quizás la parte más interesante de todo es que lejos de enojarse con ellos por reírse, Dios les dijo que cuando naciera el bebé quería que lo llamaran Isaac, que en hebreo significa risa. Así que se puede decir que Dios no solo toleró su risa sino que la bendijo y en cierto sentido se unió a ella mismo, lo que la convierte en una risa muy especial de hecho: Dios y el hombre riendo juntos, compartiendo una gloriosa broma en la que ambos están involucrados. Es quizás tan importante examinar de cerca la risa de Abraham y Sara como es importante examinar de cerca las lágrimas de Jesús.

Cuando Jesús lloró sobre el cuerpo muerto de su amigo Lázaro, muchas cosas parecen haber estado obrando en él, y parece haber habido muchos niveles en su dolor. Lloró porque su amigo estaba muerto y lo había amado. Más allá de eso, lloró porque, como María y Marta ambas le recordaron sin tacto, si tan solo hubiera estado presente, Lázaro no habría tenido que morir, y él no estuvo presente. Más allá de eso, lloró quizás porque si tan solo Dios hubiera estado presente, entonces tampoco Lázaro habría tenido que morir, y Dios tampoco estuvo presente, al menos no de la manera y en el grado en que era necesario. Luego, incluso más allá de eso, es como si su dolor fuera tan profundo que fuera por el mundo entero por lo que Jesús está llorando y por la tragedia de la condición humana, que es vivir en un mundo donde una y otra vez Dios no está presente, al menos no de la manera y en el grado en que el hombre lo necesita. Jesús derrama sus lágrimas ante la ausencia visible de Dios en el mundo donde buenos y malos por igual caen en la derrota y la muerte. Derrama sus lágrimas ante el silencio audible de Dios en esos momentos especialmente cuando una palabra de él significaría la diferencia entre la vida y la muerte, o ante la sordera de los hombres que les impide escucharlo, la ceguera de los hombres que impide incluso al mismo Jesús como hombre verlo en la medida en que en el momento de todos los momentos cuando más lo necesita grita su *Eloi Eloi*, que es un grito tan oscuro que de los cuatro evangelistas, solo dos de ellos tienen el estómago para registrarlo como la última palabra que pronunció mientras aún tenía una boca humana para hablar.

Jesús lloró, todos lloramos, porque incluso cuando el hombre es bueno, incluso cuando es Jesús, Dios se hace escaso por razones que ninguna teodicea ha logrado desentrañar jamás.

Uno piensa en el pequeño poema de Stephen Crane:

Un hombre le dijo al universo: "Señor, ¡yo existo!" "Sin embargo", respondió el universo, "El hecho no ha creado en mí Un sentido de obligación".

Uno piensa en Albert Camus con su doctrina del Absurdo como el encuentro del anhelo insaciable del hombre de que la vida tenga sentido y la negativa inexorable de la vida a tenerlo. Uno piensa en la tesis de Jean Paul Sartre de que incluso si Dios existiera, no haría ninguna diferencia en su visión del hombre como condenado a forjar su propio destino en terrible libertad porque Dios bien podría no existir por todo lo que muestra de sí mismo. Uno piensa en Gerard Manley Hopkins:

Tú eres de hecho justo, Señor, si yo contiendo Contigo; pero, señor, lo que alego es justo. ¿Por qué prosperan los caminos de los pecadores? ¿Y por qué debe La decepción terminar todo lo que me esfuerzo? Si fueras mi enemigo, oh tú, mi amigo, ¿Cómo podrías peor, me pregunto, que Derrotarme, frustrarme?...

Uno piensa en el Rey Lear y cómo logra a través de su sufrimiento una especie de visión olímpica y beatífica de la trágica belleza y majestuosidad de las cosas solo para morir como un patético anciano, sosteniendo una pluma en los labios de Cordelia y balbuceando que su querida aún está viva cuando todos pueden ver que yace allí fría y muerta como un eglefino. Y finalmente, o en primer lugar, uno piensa en nosotros mismos, que no necesitamos ser poetas o filósofos o reyes o Cristos para conocer estas cosas también si expresamos lo que sentimos y no lo que deberíamos decir. Tanto como es nuestra esperanza, es nuestra desesperanza lo que nos lleva a la iglesia un domingo, y cualquier predicador que, sea lo que sea que hable, no hable a esa desesperanza bien podría ahorrarse el aliento.

Entonces se oye un sonido extraño e inesperado. Es como el crujido de una bisagra oxidada. Es como el hielo comenzando a agrietarse en

un estanque en marzo. Es como el sonido de gallinas cacareando, del viejo Ford tratando de arrancar en una mañana de invierno. Es el sonido de la risa, de una anciana y un anciano desternillándose de risa en una tienda. Comienza seco y pequeño y termina tan estruendoso y grande que para preservar su dignidad incluso el ángel tiene que apartar el rostro.

Antes de hacer cualquier pregunta al respecto, primero deberíamos simplemente escucharlo. Comienza con una inspiración sorprendida porque lo último que cualquiera de ellos esperaba hacer era reírse, y los toma por sorpresa tanto como nos toma a nosotros. Brota en sus gargantas como el dolor, solo que no es dolor, y contorsiona sus viejos rostros como lágrimas, solo que eso tampoco es lo que es, o al menos un tipo diferente de lágrimas. Sus hombros tiemblan. Sus rostros se ponen rojos. Sus dientes de porcelana se deslizan una muesca. Ella cumplirá noventa y un años en su próximo cumpleaños, y el ángel dice que lo celebrará en la sala de maternidad. Sara se lleva el delantal a la boca. Abraham jadea por aire.

Luego la pregunta: ¿De dónde viene su risa? Viene de un lugar tan profundo como de donde vienen las lágrimas, y de cierta manera viene del mismo lugar. Tanto como las lágrimas, sale de la oscuridad del mundo donde Dios es de todas las personas desaparecidas la más extrañada, excepto que viene no como un aliado de la oscuridad sino como su adversario, no como un síntoma de la oscuridad sino como su antídoto. La risa de Abraham y Sara ante el extraordinario anuncio del ángel no elimina la oscuridad, porque a través de los largos años sin hijos del pasado, la oscuridad ya ha cobrado su precio, y en los largos años que quedan por delante aún habrá oscuridad para ellos como, por ejemplo, cuando se le pide a Abraham que tome al hijo de la promesa y lo ofrezca a Dios como holocausto. Ambos todavía tienen que enfrentar la oscuridad tanto de la muerte como de la vida en un mundo donde Dios se ve en el mejor de los casos solo desde lejos, a través de un cristal oscuramente; pero con su risa algo nuevo irrumpe en su oscuridad, algo tan inesperado y prepóstero y alegre que solo pueden reírse de ello con asombro.

Llorar ante la tragedia como Jesús lloró es llorar ante aquello que es inevitable. Dada la vulnerabilidad del hombre y la tormenta

despiadada del mundo, la tragedia está destinada a suceder. Dada la pecaminosidad del hombre y la tentación del mundo al pecado, la tragedia está destinada a suceder. El hombre nace para la angustia como las chispas vuelan hacia arriba, dice Job, y hay una inevitabilidad en las lágrimas que derramamos por ello. Son parte de lo que significa ser humano. Pero el anuncio del ángel es justo lo contrario de eso.

Van a tener un bebé después de todo. Es justo lo que estaba destinado a no suceder. El viejo *schlemozzle* va a ser el padre de una gran nación a pesar de todo. Es justo lo que no era inevitable. Si algo era inevitable, era que la sopa se derramaría sobre él de nuevo. El extraño que apareció en la puerta de su tienda resultó no ser un hombre que venía a leer el medidor sino un ángel. ¿Quién podría haberlo predicho posiblemente? ¿Quién podría haberlo hecho suceder posiblemente, agarrando a un ángel por el ala y bajándolo del cielo y logrando que diera noticias tan asombrosas? Todo sucedió no por necesidad, no inevitablemente, sino gratuitamente, libremente, hilarantemente. Y lo que era asombroso, gratuito, hilarante era, por supuesto, la gracia de Dios. ¿Qué podían hacer sino reírse de lo prepóstero de ello, y se rieron hasta que las lágrimas les corrieron por las mejillas?

Lo trágico es lo inevitable. Lo cómico es lo imprevisible. ¿Cómo puede el Pato Donald prever que después de ser atropellado por una apisonadora se levantará del otro lado plano como un panqueque por unos segundos pero vivo y graznando? ¿Cómo puede Charlie Chaplin en sus pantalones anchos y sombrero de hongo prever que aunque la chica lo plante y el policía lo golpee en la cabeza y le den un pastel de crema en la cara, emergerá elegante y galante hasta el final, haciendo girar su invencible bastón y moviendo su invencible bigote? Aburrido hasta la muerte por sus consoladores y rascándose sus forúnculos y enfrentando la factura impaga de la funeraria por el funeral múltiple de sus hijos y todo el personal de su casa, ¿cómo podía Job prever posiblemente que sus ojos inyectados en sangre verían de hecho, y de ninguna manera como un extraño, a aquel que puso los cimientos de la tierra y ante cuya obra las estrellas de la mañana cantaron juntas y todos los hijos de Dios gritaron de alegría?

¿Quién podría haber predicho que Dios elegiría no a Esaú, el honesto y confiable, sino a Jacob, el embaucador y canalla, que pondría el dedo sobre Noé, que le daba a la botella, o sobre Moisés, que estaba tratando de escapar en Madián por haber matado a un hombre en Egipto y dijo que si no fuera por el honor del asunto preferiría dejar que Aarón volviera y enfrentara la música, o sobre los profetas, que eran un lote harapiento, la mayoría de ellos locos como sombreros y arrastrando los pies hasta el último cuando fueron llamados a recorrer el camino de aserrín? ¿Quién podría haber predicho que del sórdido asunto entre David y Betsabé, la esposa de Urías, nacería Salomón con su alto coeficiente intelectual y su pasión por la arquitectura eclesiástica y que de Salomón nacería toda una línea de reyes apóstatas que terminaría finalmente en un rey del tipo que nadie podría haber predicho posiblemente excepto quizás el Segundo Isaías, quien vio al menos que no era por sus *beaux yeux* que los hombres se sentirían atraídos hacia él ni por el poder de su artillería pesada que reinaría sobre ellos?

Y, por supuesto, está la comedia, lo imprevisible, de la elección misma. De todos los pueblos que podría haber elegido para ser su pueblo santo, eligió a los judíos, que como alguien ha dicho son como todos los demás solo que más: más religiosos que nadie cuando eran religiosos y cuando eran seculares, siendo seculares como si lo hubieran inventado. Y la comedia del pacto: Dios diciendo "Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo" (Éxodo 6:7) a un pueblo que antes de que las palabras dejaran de resonar en sus oídos estaban bailando alrededor del becerro de oro como aborígenes y enredándose con cada deidad agrícola y dios de la fertilidad que aparecía. Y sin embargo fue este pueblo el que produjo, como su rey más grande salvo uno, a un rey que bailó otra danza por completo: el rey David despojándose hasta quedar en su hoja de parra y ante el horror sin mezcla de su aristocrática esposa bailando como un loco ante el arca del Señor porque más que la mayoría captó la maravillosa broma de todo. La comedia de la gracia como lo que no tiene por qué suceder y no puede suceder posiblemente porque solo puede suceder imposiblemente y sucede en la oscuridad que apenas fracasa en tragársela.

Jesús dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados" (Mateo 11:28). Esa es la tragedia. Nuestro trabajo no podría haber sido de otra manera, dado quiénes somos y quiénes no somos, dado quién es Dios y quién no es, dado este mundo en toda su belleza y dolor para vivir y morir en él. Luego dice: "Y yo os daré descanso" (Mateo 11:28). Esa es la comedia, y la comedia tiene que ver tanto con Jesús como el hablante como con la palabra del Evangelio que habla.

Pablo fue el primero que se atrevió a salir con ello cuando escribió a la iglesia en Corinto sobre la locura del Evangelio y dijo: "Predicamos a Cristo crucificado, tropezadero para los judíos y locura" (1 Corintios 1:23) para todos los demás, la comedia de lo que predicamos, en otras palabras: toda la vida de Cristo una especie de comedia. Cuando Cristo nació en la oscuridad de la noche, el cielo se iluminó con una multitud de las huestes celestiales cantándolo a la vida con su gran himno. Pero incluso los que sabían de ello, incluso su propia madre y hermano, parecen haberlo olvidado lo suficientemente pronto como para que cuando vino a Nazaret sonando como un Mesías, pensaran que se había vuelto loco y comenzaran a intentar arrojarlo por el borde de un acantilado para demostrar su punto gráficamente. Galvanizó a miles con sus milagros —sanando y expulsando demonios y alimentando a todo un estadio con sus cinco panes y dos peces— pero, como la comida china, los milagros no se les quedaban en las costillas de modo que bien podría haber ahorrado sus fuerzas por todo el bien duradero que hicieron. Habló en palabras que nadie parece haber entendido mucho, menos que nadie los discípulos, y cuando habló de la necesidad de su muerte, incluso Pedro le dijo que estaba yendo demasiado lejos. En la última cena que comió con sus amigos cuando la cuadrilla de matones ya lo estaba acechando en las sombras y todo el Infierno estaba a punto de desatarse, la gran confianza con la que dice: "Tened ánimo, yo he vencido al mundo" (Juan 16:33) se convierte en la gran confianza de Charlie Chaplin como el vagabundito parado allí tan alegre y esperanzado en sus pantalones anchos y sombrero de hongo mientras todo el mundo que ha vencido amenaza con caer sobre él como un balde de agua equilibrado en la parte superior de una puerta. Cuando finalmente lo cuelgan, lo hacen por las razones

equivocadas y lo cuelgan como un revolucionario nacionalista cuando la única revolución que busca es una revolución del corazón humano y su preocupación es en última instancia por todas las naciones. Incluso la resurrección tiene una especie de comedia. Sus seguidores más cercanos la descartan de entrada al principio como un cuento de viejas, y cuando María Magdalena se encuentra con él en la tenue penumbra del amanecer, lo confunde nada menos que con el jardinero. Las marcas rojas en sus manos son de donde está sosteniendo rosas. El problema que tiene con sus pies proviene de kilómetros de patrullar los caminos de grava para recoger envoltorios de chicle con un palo puntiagudo.

"Tropezadero para los judíos y locura para los gentiles" (1 Corintios 1:23), escribe Pablo, porque es verdad. La locura de predicar a Cristo crucificado, predicar al rey que parece un vagabundo, al príncipe de la paz que parece el príncipe de los locos, al cordero de Dios que termina como algo colgado en la carnicería. Dostoievski se hace eco de esto cuando escribe una novela sobre Cristo como un príncipe ruso y la llama *El Idiota*. El pintor Rouault se hace eco cuando pinta a Cristo como un payaso. El musical *Godspell* se hace eco al disfrazarlo como si fuera para un circo de tres pistas con maquillaje blanco y mallas de acróbata. El teólogo Kierkegaard se hace eco haciendo interminables variaciones sobre las palabras "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os daré descanso" como las palabras del humilde e indefenso que parecería tener menos que ofrecer siendo al mismo tiempo el alto y poderoso que locamente afirma tener más que ofrecer.

La comedia de todo esto no es la comedia negra que podría parecer al principio tanto para judíos como para gentiles, quienes han aprendido del mundo a ver todas las cosas como negras al final, sino comedia blanca, alta comedia, la alta comedia de Cristo que está tan cerca de las lágrimas como la alta comedia de Buster Keaton o Marcel Marceau o Edith Bunker está cerca de las lágrimas, pero lágrimas alegres al final, no lágrimas tristes, lágrimas ante lo hilarantemente inesperado de las cosas más que ante su trágica expectabilidad.

Hay incluso momentos en que Jesús parece ver la comedia de su

propia vida. Sus compañeros nazarenos, aquellos con los que creció, trabajó, jugó, vienen hacia él con fuego en los ojos para arrojarlo del acantilado como blasfemo en el peor de los casos y lunático en el mejor, y él les dice: "Sin duda me citaréis este refrán: 'Médico, cúrate a ti mismo'" (Lucas 4:23). Ve cómo ellos ven lo prepóstero de Jesús, el hijo del carpintero, presentándose como Cristo, hijo de Dios. Ve cómo se sienten ofendidos por él como alguien que se proclama ungido para predicar las buenas nuevas a los pobres cuando no es noticia para nadie que él mismo es el más pobre de todos. Dice: "Los ciegos reciben la vista, los cojos andan, los sordos oyen, los muertos resucitan... y bienaventurado es el que no halla tropiezo en mí" (Mateo 11:5-6), lo cual es decir bienaventurado es aquel que ve que, a pesar de todas las apariencias en contrario, él es quien dice ser y hace lo que dice hacer si tan solo, a un costo admitidamente grande para su orgullo, su sentido común, su triste visión de lo que es y no es posible en el mundo tormentoso, le permiten hacerlo. Bienaventurado es aquel, en otras palabras, que capta la broma.

Aparte de la comedia de Jesús mismo, también está la comedia de la palabra que habla y la forma en que la habla, que es más característicamente la forma de la parábola. "No dijo nada sin una parábola" (Mateo 13:13), nos dice Mateo, y Marcos nos dice lo mismo. A diferencia de los profetas, Jesús tiene poco que decir sobre la situación internacional y el papel de Israel como nación entre las naciones. Excepto por inferencia, tiene poco que decir sobre los problemas históricos específicos de su día tales como la pobreza, la esclavitud, la injusticia social, las ambigüedades de una teocracia judía semiautónoma tratando de sobrevivir bajo el despotismo comparativamente benevolente del estado secular romano. En este sentido no es, como predicador, un Jeremías o un Martin Niemöller o un Reinhold Niebuhr, relacionando la fe religiosa con los grandes temas públicos de su tiempo, o si lo fue, estas no son las palabras que habló que nos han llegado principalmente. No eran los grandes temas públicos con los que Jesús trataba sino los grandes temas privados, no las luchas del mundo exterior sino las luchas del mundo interior. Cuando Mateo intenta dar cuenta de la manera en que Jesús predicaba, cita del Salmo Setenta y Ocho: "Abriré mi boca en parábolas, pronunciaré lo que ha estado oculto desde la fundación del

mundo" (Mateo 13:35), y en la medida en que era lo oculto y privado y en última instancia inexpresable de lo que Jesús predicaba, en cierto sentido no tuvo más remedio que predicar de la manera en que lo hizo, no en la retórica incendiaria del profeta o las abstracciones sistemáticas del teólogo sino en el lenguaje de imágenes y metáforas, que es finalmente el único lenguaje que puedes usar si quieres no solo dilucidar la cosa oculta sino hacerla cobrar vida.

¿Qué es el reino de Dios? No habla de una reorganización de la sociedad como una posibilidad política o de la doctrina de la salvación como doctrina. Habla de cómo es encontrar un anillo de diamantes que pensabas que habías perdido para siempre. Habla de cómo es ganarse la Lotería Irlandesa. Sugiere más que deletrea. Evoca más que explica. Capta por sorpresa. No deja que se vean las costuras homiléticas. Es a veces críptico, a veces oscuro, a veces irreverente, siempre provocativo. Cuenta historias. Habla en parábolas, y aunque nos hemos acercado a estas parábolas reverencialmente todos estos muchos años y las hemos escuchado expuestas como vehículos graves y reverentes de verdad santa, sospecho que muchas si no todas ellas originalmente no eran graves en absoluto sino que eran extravagantes, cómicas, a menudo más que un poco impactantes. Sospecho que Jesús habló muchas de sus parábolas como una especie de broma triste y santa y que esa puede ser parte de por qué parecía reticente a explicarlas porque si tienes que explicar una broma, bien podrías ahorrarte el aliento. No me refiero a bromas por el bien de la broma, por supuesto. No me refiero al tipo de chiste piadoso con el que el predicador comienza su sermón para calentar a la gente y mostrarles que a pesar de sus solapas de Ginebra o sotana puede reírse con el resto de ellos y es tan humano como todos los demás. Me refiero al tipo de broma que Jesús contó cuando dijo que es más difícil para una persona rica entrar al Paraíso que para un Mercedes pasar por una puerta giratoria, más difícil para una persona rica entrar al Paraíso que para Nelson Rockefeller pasar por la ranura de depósito nocturno del First National City Bank. Y luego añadió que aunque para el hombre es imposible, para Dios todas las cosas son posibles porque Dios es el maestro de lo imposible, y es un maestro de lo imposible porque en términos de lo que el hombre piensa posible él es al final un dios

salvaje e imposible. Me parece que más a menudo que no las parábolas pueden leerse como bromas altas y santas sobre Dios y sobre el hombre y sobre el Evangelio mismo como la broma más alta y más santa de todas.

¿Quién es el Dios al que el hombre ora desde su insondable necesidad —"Si fueras mi enemigo, oh tú mi amigo, ¿cómo podrías peor, me pregunto, derrotarme, frustrarme?"? Uno solo tiene que pensar en las imágenes que vienen primero a nuestras propias mentes para darse cuenta de la cualidad especial de las imágenes que Jesús usa. Podríamos decir que Dios es como el gran médico con una cura para cada mal. Es como el buen presidente cuya Oficina Oval siempre está abierta incluso al ciudadano más humilde. Pero Jesús dice algo muy diferente. Dice que Dios es como un hombre que, cuando su amigo viene a tocar a su puerta a medianoche, dice: "Vas a despertar a los niños. Muérete", y quien solo después de que su amigo sigue apoyándose en el timbre finalmente baja tambaleándose las escaleras con el pelo en los ojos y la bata puesta al revés y le da lo que quiere solo para deshacerse de él. Jesús dice que Dios es como el abogado corrupto con el libro que está escribiendo sobre su participación en Watergate tanto en su mente que no podría importarle menos si la mujer gana su demanda contra la compañía eléctrica pero finalmente le dice a su secretaria que la haga pasar de todos modos solo para que no lo siga fastidiando. ¿Responde Dios las oraciones del hombre? Jesús dice que si tu hijo de diez años te pide un pez dorado, ¿le das una araña viuda negra? Si viene a ti por un helado Eskimo Pie, ¿le tumbas los dos dientes delanteros? Es casi como si estuviera diciendo que una pregunta tonta merece una respuesta tonta. La locura de lo que predicamos.

En otros lugares, tal como Jesús lo cuenta, la comedia sobre Dios se profundiza y se vuelve aún más extravagante e inesperada, que parece ser parte de lo que se trata la comedia. La parábola de los talentos, por ejemplo. El hombre de cinco talentos pone sus cinco talentos en Beautiful Dreamer para que llegue primero en la quinta en Saratoga y duplica su dinero. El hombre de dos talentos consigue que su corredor le compre dos acciones de United Distillers y cuando el mercado sube le va tan bien como al hombre de cinco talentos. El

hombre de un talento, por otro lado, juega a lo seguro y con buena razón. Como lo explica más tarde, sabe que su benefactor es un hombre duro, y en términos de cómo resultan las cosas para él, tiene toda la razón. Así que cuando el hombre de un talento obtiene su único talento, está aterrado de que pueda perderlo y, en lugar de apuntar a la luna, lo mete en un calcetín viejo y lo dispara por la chimenea. Luego, como oyentes de la parábola, esperamos el remate que creemos ver venir. El benefactor dirá: "Juega a lo seguro como el hombre de un talento. No apuestes a los caballos. Dios es un Dios duro. Atesora lo que te da para que estés seguro de que todavía lo tienes la próxima vez que te revise". Solo que por supuesto eso no es precisamente lo que dice el benefactor, tal como Jesús lo cuenta. Son los del todo o nada los que se presentan como ejemplos brillantes de lo que es tener fe, tener vida, tener coraje o lo que sea que se necesite, y el de más-vale-prevenir-que-lamentar quien recibe el golpe por tomar la fe o la vida o el coraje o lo que sea que se le haya dado y metiéndolo bajo la cola y sentándose sobre ello como un viejo graduado en una bolsa de agua caliente en la línea de las cincuenta yardas en un sábado frío de octubre.

"¿Al que tiene mucho se le quitará y se le dará al que tiene poco?" Eso es lo que podríamos esperar. Pero no es lo que obtenemos. En cambio "Al que tiene, se le dará más" (Mateo 13:12), preposteramente hace decir Jesús al benefactor, "y al que no tiene, incluso lo que tiene le será quitado" porque eso es la verdad y porque si la parábola es comedia, es alta comedia y las lágrimas a las que está cerca son en este caso lágrimas por el hombre de un talento que se dirige a la oscuridad exterior con su bolsa de agua caliente bajo el brazo porque eso es a lo que llega la vida para el medio vivo. Excepto que me pregunto si parte de lo que la inesperada naturaleza y comedia de la parábola puede sugerir es que incluso el hombre de un talento será imposiblemente salvado al final tal como el camello de alguna manera imposiblemente logra pasar por el ojo de la aguja al final.

Dios es el pastor cómico que se divierte más con esa única oveja perdida una vez que la encuentra de nuevo que con las noventa y nueve que tuvieron el buen sentido de no perderse en primer lugar.

Dios es el anfitrión excéntrico que, cuando la multitud del club de campo resulta tener todas cosas más importantes que hacer que venir a pasarlo bien con él, sale a los barrios bajos y comedores de beneficencia y salas de caridad y trae a casa un espectáculo de fenómenos. El hombre sin piernas que vende cordones de zapatos en la esquina. La anciana con el abrigo de piel apolillado que hace sus rondas diarias de los botes de basura. El viejo borracho con su pinta en una bolsa de papel marrón. El traficante, la prostituta, el idiota del pueblo que está de pie en la luz intermitente saludando con la mano mientras pasan los autos. Están sentados a la mesa puesta con damasco en el gran salón. Las velas están todas encendidas y las copas de champán llenas. A una señal del anfitrión, los músicos en su galería comienzan a tocar "Amazing Grace". Si tienes que explicarlo, no te molestes.

Creo que estas parábolas pueden leerse como bromas sobre Dios en el sentido de que de lo que esencialmente tratan es de la extravagancia de Dios que hace cosas imposibles con personas imposibles, y creo que la comedia de ellas no es solo un recurso para hacer que la verdad que contienen baje fácilmente sino que la verdad que contienen puede en sí misma pensarse como cómica. Es difícil pensar en algún lugar donde esto sea más evidente que en la más grande de todas las parábolas, la que a su manera es tanto la más cómica como la más triste. El Hijo Pródigo se va con su herencia y se gasta toda la fortuna en licor y sexo y ropa elegante hasta que finalmente no tiene dos centavos para frotar juntos y tiene que ir a trabajar o morir de hambre. Consigue un trabajo en una granja de cerdos y lo mantiene lo suficiente como para observar que los cerdos están recibiendo un mejor trato que él y entonces decide volver a casa. No hay nada edificante sobre su decisión. No hay indicación de que se dé cuenta de que ha hecho el ridículo y roto el corazón de su viejo, ninguna indicación de que piense en su viejo como algo más que un boleto de comida. No hay señal de que esté arrepentido por lo que ha hecho o de que haya resuelto hacer las paces de alguna manera y hacerlo mejor la próxima vez. Decide volver a casa por la simple razón de que sabe que siempre comió tres veces al día en casa, y para un hombre que está en peligro de morir de hambre, esa es razón suficiente. Así que emprende el viaje de regreso y en el

camino ensaya el discurso que espera ablandará el corazón del viejo lo suficiente como para que al menos no le cierre la puerta en la cara. "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo". Eso lo golpeará donde vive si algo lo hace, piensa el muchacho, y lo repasa de nuevo. "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo" (Lucas 15:18-19), tratando de conseguir la entonación correcta y los gestos correctos; y justo en el momento en que cree que lo tiene dominado, el viejo lo ve venir doblando la esquina debajo de la cancha de tenis y comienza a correr por el camino de entrada como un maníaco. Antes de que el muchacho tenga tiempo de sacar siquiera la primera palabra, el viejo le echa los brazos encima y casi lo tira al suelo con las lágrimas y los bigotes y la risa incrédula de su bienvenida.

El muchacho está de vuelta, eso es todo lo que importa. ¿A quién le importa por qué está de vuelta? Y el viejo no hace lo que cualquier otro padre bajo el cielo habría estado inclinado a hacer. No dice que espera que haya aprendido la lección o yo te lo dije. No dice que espera que esté finalmente listo para sentar cabeza por un tiempo y encuentre alguna manera de compensárselo a su madre. Todo lo que puede decir es que el muchacho estaba muerto y está vivo de nuevo. El muchacho estaba perdido y está encontrado de nuevo, y luego al final de la escena lo que Jesús como narrador de la parábola dice es "Comenzaron a hacer fiesta" (Lucas 15:23). *Fiesta*, de todas las cosas. Encienden el estéreo. Sacan el mejor whisky escocés. Enrollan la alfombra de la sala y llaman a los vecinos.

¿Es posible, me pregunto, decir que es solo cuando escuchas el Evangelio como una broma salvaje y maravillosa que realmente lo escuchas en absoluto? Escuchado como cualquier otra cosa, el Evangelio es la cosa de la iglesia, la cosa del predicador, la cosa del conferencista. Escuchado como una broma —alta e inesperada y resonando con risa— solo puede ser la cosa de Dios.

Y si es una broma sobre la preposterosidad de Dios, también es una broma sobre la preposterosidad del hombre como lo ejemplifica la secuela de la parábola. La palabra *pecado* es de alguna manera una palabra demasiado grandiosa para aplicarla a la reacción del hermano mayor del pródigo cuando el sonido del baile lo alcanza en el prado

entre las boñigas de vaca, y sin embargo de otra manera es justo la palabra correcta porque en ninguna parte la mortalidad de los siete pecados capitales es más mortal o más ridícula que en él. La envidia y el orgullo y la ira y la codicia, todos están allí. Incluso la pereza está allí mientras se sienta sobre su patrimonio y deja que gane intereses para él sin levantar un dedo, incluso la lujuria mientras babea sobre las rameras en las que señala que el pródigo ha despilfarrado su dinero. El hermano mayor es Pecksniff. Es Tartufo. Es lo que Mark Twain llamó un hombre bueno en el peor sentido de la palabra. Es una caricatura de todo lo que es sin alegría y mezquino y egoísta sobre todos nosotros. La broma es que por supuesto su padre lo ama aun así, y siempre lo ha amado y siempre lo amará, solo que el hermano mayor nunca lo notó porque nunca fue amor lo que estaba buscando sino solo lo que le correspondía. El ternero cebado, el mejor whisky escocés, el baile todos podrían haber sido suyos también, en cualquier momento que los hubiera pedido excepto que nunca pensó en pedirlos porque estaba demasiado ocupado tratando sin alegría y religiosamente de ganarlos. "Los ciegos reciben la vista, los cojos andan, los sordos oyen, los muertos resucitan" incluso como el pródigo mismo fue resucitado, dice Jesús, "y bienaventurado es el que no halla tropiezo en mí" (Mateo 11:5-6). Bienaventurado es aquel que no se ofende de que ningún hombre reciba lo que merece sino vastamente más. Bienaventurado es aquel que capta esa broma, quien ve ese milagro.

Los que no lo ven, dice Jesús, son los hermanos mayores, por supuesto, los que son ciegos a la comedia porque están demasiado atrapados por su propia seriedad mortal, y nuevamente la imagen que usa, la parábola en miniatura, tiene el mismo tipo de diversión triste sobre ella, la diversión triste del humor judío en general —humor del gueto. Los religiosos son guías ciegos, dice, y los que están guiando también son ciegos. Vienen avanzando con dificultad juntos por la calle —los guías con sus bastones blancos y los que están guiando con sus lentes de cataratas gruesas como fondos de botellas de Coca-Cola. Dan los pasos de madera ponderosos de indios de tabaquería, ciegos al hecho de que no hay una nube en el cielo y el sol está brillando. Son ciegos a la belleza y salvajismo del día y del mundo que los rodea. "¿No es la vida más de lo que pensáis que es?" dice

Jesús. "Considerad los lirios del campo, cómo no hilan ni se afanan ni llevan cuentas y sin embargo Salomón en todo el plumaje de sus doctorados honorarios no podría sostenerles una vela" (Mateo 6:28-29). Son ciegos el uno al otro y a sus propias necesidades más profundas como seres humanos, y cuando aparece la alcantarilla abierta en el pavimento ante ellos también son ciegos a ella y van cayendo de cabeza con un chapoteo del que Abbott y Costello habrían estado orgullosos.

La gente está preparada para todo excepto para el hecho de que más allá de la oscuridad de su ceguera hay una gran luz. Están preparados para seguir rompiendo sus espaldas arando el mismo viejo campo hasta que las vacas vuelvan a casa sin ver, hasta que tropiecen con él, que hay un tesoro enterrado en ese campo lo suficientemente rico como para comprar Texas. Están preparados para un Dios que hace tratos duros pero no para un Dios que da tanto por una hora de trabajo como por un día. Están preparados para un reino de Dios de semilla de mostaza no más grande que el ojo de un tritón pero no para el gran baniano en que se convierte con pájaros en sus ramas cantando Mozart. Están preparados para la cena de plato único en la Primera Iglesia Presbiteriana pero no para la cena de bodas del cordero, y cuando el novio finalmente llega a medianoche con hojas de vid en el pelo, aparecen con sus lámparas para iluminarlo en su camino está bien solo que han olvidado el aceite para encenderlas y se quedan allí con sus grandes pies vírgenes desnudos brillando débilmente en la oscuridad.

Y finalmente el Evangelio mismo como comedia —la unión de Mutt y Jeff, el Capitán y los Niños, el Mago de Oz y el Espantapájaros: la unión de Dios en su grandeza y gloria interminables y el hombre en su pequeñez interminable, preparado para lo peor pero rara vez para lo mejor, preparado para lo posible pero rara vez para lo imposible. Las buenas noticias irrumpen en un mundo donde las noticias han sido tan malas durante tanto tiempo que cuando son buenas nadie las escucha mucho excepto unos pocos. ¿Y quiénes son los pocos que las escuchan? Son los que trabajan y están cargados como todos los demás pero que, a diferencia de todos los demás, saben que trabajan y están cargados. Son las últimas personas que esperarías que las

oyeran, ellos mismos las malas bromas y comparsas y espantapájaros del mundo, los recaudadores de impuestos y prostitutas y inadaptados. Son la gente pobre, la gente rota, los que en términos de la sabiduría del mundo son niños y locos y tontos. Se han cortado afeitándose. Ricos o pobres, éxitos o fracasos como el mundo lo cuenta, son los que están dispuestos a creer en milagros porque saben que tomará un milagro llenar el lugar vacío dentro de ellos donde pertenecen la gracia y la paz con gracia y paz. La vieja Sara con sus dientes de porcelana sabe que tomará un milagro llenar el lugar vacío dentro de ella donde espera un bebé que nunca vendrá, así que cuando el ángel aparece y le dice que viene un bebé se ríe y Abraham se ríe con ella porque, habiendo usado todas sus lágrimas, no les queda nada más que la risa. Porque aunque lo que dice el ángel puede ser demasiado bueno para ser verdad, ¿quién sabe? Tal vez la verdad es que es demasiado bueno para no ser verdad.

Encendiendo la luz del atril y aclarándose la garganta, el predicador habla tanto la palabra de la tragedia como la palabra de la comedia porque ambas son de la verdad y porque Jesús habla ambas, bendito sea. El predicador dice la verdad al hablar de la ausencia visible de Dios porque si no ve y reconoce la ausencia de Dios en el mundo, entonces es el único allí que no la ve, y ¿quién entonces va a tomarlo en serio cuando intenta hacer real lo que también afirma ver como la presencia invisible de Dios en el mundo? Pecado y gracia, ausencia y presencia, tragedia y comedia, dividen el mundo entre ellos y donde se encuentran de frente, sucede el Evangelio. Que el predicador predique el Evangelio de su prepóstero encuentro como la cosa alta, inesperada, hilarante que es.

He hablado de la tragedia como inevitable y la comedia como imprevisible y vista desde el interior de cada una, eso me parece que es así. Charlie Chaplin no ve la cáscara de plátano en la acera ante él mientras que Job sabe desde el principio que en su contienda con Dios está condenado a la derrota. Pero vista desde el exterior, vista como Dios la ve y como ocasionalmente por la gracia de Dios el hombre también la ve, sospecho que es realmente al revés. Desde la perspectiva divina, sospecho que es lo trágico lo que se ve como no inevitable mientras que es lo cómico lo que está destinado a suceder.

La comedia de que Dios salve a las personas más improbables cuando menos lo esperan, la broma en la que Dios ríe con el hombre y el hombre con Dios —creo que esto es lo que es inevitable y que esto es lo que el Rey Lear vislumbra cuando al final de su vida trágica, cuando el mundo ha hecho lo peor, le dice a la hija que ama, "... Ven, vayamos a prisión; / Nosotros dos solos... / así viviremos, / Y rezaremos, y cantaremos, y contaremos viejas historias, y reiremos..." (5.3.8-12).

IV. El Evangelio como Cuento de Hadas

Érase una vez un gran mago que vivía en un país lejano. Érase una vez, en un bosque profundo, un pobre leñador y su esposa. Érase una vez que un sueño profundo cayó sobre todos los habitantes del palacio, y las arañas tejieron sus telas como cortinas de plata a través de todas las ventanas y en la sala del trono, donde en otro tiempo el rey celebraba su corte, entraron pájaros a construir sus nidos y ardillas rojas vinieron a guardar sus bellotas porque en todo el lugar no quedaba ningún hombre despierto para impedírselo. *Érase una vez*, que quiere decir en un tiempo más allá del tiempo, o en un tipo diferente de tiempo completamente distinto del tipo que mide el reloj, o en un tiempo que no es tiempo en absoluto porque no tiene principio ni fin. *Había* un mago, un leñador, un rey, lo cual quiere decir que si vas a creer que los había, tienes que renunciar a otras creencias en las que crees, incluida la creencia de que *no los había* porque *no podía haber*tales criaturas como estas. *Un país lejano, un bosque profundo, un palacio*, lo cual quiere decir que si te preocupas por entrar en estos lugares por ti mismo, debes estar dispuesto a entrar en ellos en cierta medida como un niño porque se necesita un niño para creer en la posibilidad al menos de que tales lugares existan en lugar de descartarlos de entrada como imposibles.

Érase una vez una niña llamada Lucy, que estaba jugando al escondite con otros niños en una casa vieja. Era su turno de ser La Que Buscaba, y encontrándose en una habitación donde no había más muebles que un gran armario antiguo, y escuchando el sonido de los otros correteando por el pasillo en busca de ella, entró en el armario para esconderse. Había ropa colgando en él y bolas de naftalina en el suelo, y mientras se adentraba más hacia el fondo, podía sentir la ropa rozando contra su rostro y brazos y podía oír el sonido de las bolas de naftalina bajo sus pies. C. S. Lewis escribe:

Estaba casi completamente oscuro allí dentro, y mantuvo sus brazos extendidos frente a ella para no golpearse la cara contra el fondo del armario. Dio un paso más adentro —luego dos o tres pasos más— siempre esperando sentir la madera contra la punta de sus dedos.

Pero no podía sentirla. "Este debe ser un armario simplemente enorme", pensó Lucy, yendo aún más adentro y apartando los suaves pliegues de los abrigos para hacerse espacio. Entonces notó que había algo que crujía bajo sus pies. "Me pregunto si serán más bolas de naftalina", pensó, agachándose para palparlo con las manos. Pero en lugar de sentir la madera dura y lisa del piso del armario, sintió algo suave y polvoriento y extremadamente frío. "Esto es muy extraño", dijo, y siguió adelante uno o dos pasos más. Al momento siguiente descubrió que lo que rozaba contra su rostro y manos ya no era piel suave sino algo duro y áspero e incluso punzante. "Vaya, ¡es justo como las ramas de los árboles!" exclamó Lucy. Y entonces vio que había una luz frente a ella; no a unas pocas pulgadas de distancia donde debería haber estado el fondo del armario, sino muy lejos. Algo frío y suave estaba cayendo sobre ella. Un momento después se encontró de pie en medio de un bosque en plena noche con nieve bajo sus pies y copos de nieve cayendo por el aire.

O en el cuento *Phantastes* de George MacDonald, el héroe, Anodos, es despertado por el sonido del agua y abre los ojos para descubrir que un arroyo claro está corriendo a través de su dormitorio. La alfombra se ha convertido en hierba que se dobla y se mece con la brisa ligera y todos los muebles están entrelazados con hiedra. Las cortinas de su cama se han convertido en las ramas de un gran árbol cuyas hojas lo están moteando con sombra. El árbol está al borde de un denso bosque, y hay trazos tenues de un sendero muy cubierto de hierba y musgo que conduce hacia él. O Alicia, adormilándose junto al fuego con su gato, nota que el espejo sobre la repisa de la chimenea tiene un aspecto curioso, así que se sube a la repisa para ver, y efectivamente el cristal comienza a derretirse como una niebla brillante y plateada, y ella atraviesa. O una granja es atrapada por un ciclón y arremolinada más y más alto en el cielo tormentoso hasta que finalmente vuelve a posarse y la niña dentro abre la puerta hacia la Tierra de Oz.

Hasta donde sé, nunca ha habido una época que no haya producido cuentos de hadas. No parece importar qué esté sucediendo en ese momento. Puede ser un tiempo de guerra o paz, de festín o hambruna. Puede ser la Ginebra de Calvino o los Estados Unidos de

Calvin Coolidge. No importa qué esté pasando políticamente, económicamente, religiosamente, artísticamente, la gente siempre parece seguir contando estas historias, muchas de ellas historias que han existido durante tanto tiempo que es tan imposible estar seguro de cuándo comenzaron como estar seguro de cuándo si es que alguna vez terminarán finalmente. Por diferentes que sean unas de otras, parecen tener ciertas características en común, y dado que más que cualquier otro tipo de forma literaria que se me ocurra vienen no necesariamente de gente literaria sino simplemente de la gente en general, de la manera en que vienen los sueños, parece haber razón para creer que si nada más, tienen algo que decirnos sobre el tipo de cosas con las que seguimos soñando siglo tras siglo, en los buenos y malos tiempos. Seguimos contándoselas a nuestros hijos y recordándolas tan bien de nuestra propia infancia, que no tenemos que buscarlas y leerlas en libros la mayoría de las veces sino que simplemente podemos sacarlas de nosotros mismos porque en un grado u otro se han convertido en parte de quienes somos. Para mi propio gusto, es tanto más difícil como menos interesante tratar de explicar lo que significan los cuentos de hadas —como podría hacerlo un psicólogo o un mitólogo— que simplemente mirarlos por lo que contienen. Como el mundo de los sueños o el mundo de la memoria, el mundo del cuento de hadas es uno de los mundos donde la mayoría de nosotros hemos vivido en un momento u otro, ya sea que leyéramos cuentos de hadas cuando éramos niños o los leamos todavía o no, porque Cenicienta y la Bella Durmiente son parte del aire que respiramos, y mi inclinación es abordar su mundo no como una especie de arqueólogo, tratando de excavar y analizar, sino simplemente como un guía turístico, tratando solo de describir algunas de las vistas principales que hay que ver.

Para empezar, las historias que no solo nos hablan del mundo del cuento de hadas en sí mismo sino que nos dicen algo sobre dónde está ubicado y cómo llegar a él, la mayoría, si no todas ellas, parecen estar de acuerdo en que no está tan lejos como podríamos pensar y bajo las circunstancias correctas no es realmente tan difícil de alcanzar. La casa donde los niños están jugando al escondite es una casa ordinaria así como la tienda donde Abraham y Sara se rieron hasta que las lágrimas les corrieron por las mejillas era una tienda

ordinaria. El joven Anodos se despertó en su dormitorio justo como se había despertado allí cientos de veces antes, y no había nada particularmente inusual sobre el tiempo y lugar donde Alicia se acurrucó junto al fuego con su gata, Dinah, así como no había nada particularmente inusual sobre la propia Alicia viviendo en el Londres victoriano o sobre Dorothy Gale viviendo en el Kansas de principios de siglo o sobre el ciclón que vino girando a través de la pradera como los ciclones habían venido a menudo antes y siguen viniendo todavía. El mundo de cuento de hadas en el que todos entraron era muy diferente del mundo en el que normalmente vivían y muy diferente, también, del mundo ordinario de quiénes eran dentro de sí mismos, sus mundos interiores, pero el punto parece ser que no tuvieron que recorrer una gran distancia para entrar en él, así como no tienes que recorrer una gran distancia para entrar en el mundo de los sueños —solo tienes que dormirte— o el mundo de la memoria —solo tienes que dirigir el ojo de tu mente hacia atrás y dejarlo flotar desde el pasado.

Podría ser más preciso decir que el mundo del cuento de hadas los encontró a ellos, y los encontró en medio de sus vidas cotidianas en el mundo cotidiano. Es como si el mundo del cuento de hadas incidiera sobre el mundo ordinario de la manera en que la dimensión de profundidad incide sobre la superficie bidimensional de un plano, de modo que no hay punto en el plano —una sala de estar victoriana o una granja de Kansas— que no pueda convertirse en una entrada a él. Entras en lo extraordinario por medio de lo ordinario. Algo que has visto mil veces lo ves de repente como si fuera por primera vez, como el espejo sobre la repisa de la chimenea o las cortinas de la cama. Además, incluso los cuentos de hadas que no describen el paso real de un mundo al otro como tal hablan de personas que aunque vienen en un atuendo más exótico que la mayoría de nosotros —pobres leñadores y doncellas hermosas— son personas más o menos como nosotros que de repente, generalmente sin previo aviso, se encuentran en la frontera tenue. Un comerciante en bancarrota recoge una rosa para su hermosa hija y de repente oye la terrible voz de una bestia a su lado. Un hermano y una hermana perdidos en el bosque se encuentran inesperadamente con una casa hecha de pan de jengibre. Cenicienta, que vive en una soledad y desesperación demasiado

familiares, recibe la visita de una anciana que transforma una calabaza en un carruaje dorado. En cada caso, un mundo extraño se abre cuando elige abrirse, y cuando entran en él suceden cosas que en el mundo interior de quienes son y en el mundo exterior de donde viven ordinariamente sus vidas no podrían suceder posiblemente.

¿Y cómo es este mundo en sí, una vez que han entrado en él? Quizás lo primero que hay que decir es que es un mundo lleno de oscuridad y peligro y ambigüedad. Casi lo primero que ve el hermano de Lucy, Edmund, cuando él también atraviesa el armario hacia Narnia es un trineo siendo jalado a través de la nieve profunda por renos y sentada en el trineo, envuelta en pieles, una reina con un rostro blanco como la muerte que mantiene toda la tierra bajo su dominio helado. Hay dragones feroces que custodian el tesoro y hadas malvadas que aparecen en los bautizos reales. Tomar el giro equivocado del sendero es arriesgarse a perderse en el bosque para siempre, y se debe pagar un precio terrible por elegir el cofre equivocado o la puerta equivocada. Es un mundo de búsqueda oscura y peligrosa donde los pretendientes compiten por la mano de la hija del rey con la muerte para los perdedores, o el joven príncipe busca a la princesa que ha dormido durante cien años, o el espantapájaros, el hombre de hojalata y el león viajan muchas millas en busca del mago que los hará completos, y todos ellos encuentran en su camino grandes peligros que son tanto más peligrosos porque rara vez se ven por lo que son. Esa es otra marca del mundo del cuento de hadas. La hermosa reina es en realidad una bruja disfrazada, y abrir la tapa del cofre dorado es ser condenado. No solo viene el mal disfrazado en el mundo del cuento de hadas, sino que a menudo el bien también viene así. ¿Quién podría adivinar que el hombrecito gris que pide pan es un gran mago que tiene en sus manos el poder de la vida y la muerte? Uno piensa de nuevo en el Rey Lear, que es en sí mismo una especie de cuento de hadas con las dos hermanas malvadas y la buena, y como los tres anillos o los tres cofres, los tres discursos que cada una debe hacer sobre cómo aman al viejo rey, su padre. En el mundo del Rey Lear son las malvadas como Goneril y Regan quienes andan en túnicas espléndidas, y las buenas, las compasivas e inocentes, quienes deambulan disfrazadas con el traje abigarrado de un bufón o los harapos de mendigos y locos.

Las bestias hablan y las flores cobran vida y las langostas hacen un baile en cuadrilla en el mundo del cuento de hadas, y nada tiende a ser lo que parece. Y si esto es cierto de las criaturas que el héroe encuentra en su búsqueda, también es cierto del héroe mismo, quien en cualquier momento puede ser transformado en una bestia o una piedra o un rey o tener su corazón convertido en hielo. Quizás sobre todo son cuentos sobre transformación donde todas las criaturas se revelan al final como lo que verdaderamente son: el patito feo se convierte en un gran cisne blanco, la rana se revela como un príncipe, y la hermosa pero malvada reina es finalmente desenmascarada en toda su fealdad. Son cuentos de transformación donde los que viven felices para siempre, como de ninguna manera lo hace todo el mundo en los cuentos de hadas, se transforman en lo que tienen en ellos en su mejor momento para ser.

La Bestia cae enferma de amor por Bella y yace muriendo en su jardín cuando ella lo abandona hasta que regresa por compasión y dice que a pesar de toda su fealdad lo ama y se casará con él, y no bien lo ha besado en su hocico brillante cuando él mismo se vuelve hermoso con sangre real en sus venas. En "El Hipócrita Feliz" Max Beerbohm cuenta sobre un libertino de la regencia llamado Lord George Hell, depravado y libertino, que se enamora de una chica santa, y, para ganar su amor, cubre sus rasgos hinchados con la máscara de un santo. La chica es engañada y se convierte en su esposa, y viven juntos felizmente hasta que una dama malvada del pasado malvado de Lord George Hell aparece para exponerlo como el sinvergüenza que sabe que es y lo desafía a quitarse la máscara. Así que tristemente, sin tener otra opción, se la quita, y he aquí que debajo de la máscara del santo está el rostro del santo en que se ha convertido al usarla con amor. El espantapájaros obtiene su cerebro del grande y terrible Oz, el león su coraje, el hombre de hojalata su corazón. Incluso en "El Soldadito de Plomo Constante" de Hans Christian Andersen, uno de los más oscuros de sus cuentos, se repite el tema del héroe transformado. Con solo una pierna para sostenerse y maltratado por sus desventuras, el soldado de plomo permanece tan constante en su amor por la muñeca de papel que incluso después de que el niño pequeño lo arroja a la estufa y las llamas lo han derretido, lo que la criada encuentra en las cenizas es un pedazo de estaño en

forma de corazón. Para bien o para mal, en el mundo del cuento de hadas las transformaciones se completan, y uno piensa en el ángel del libro del Apocalipsis que da a cada uno una piedra blanca con un nuevo nombre escrito en ella que es el nombre verdadero y oculto con el que fue nombrado incluso desde los cimientos del mundo.

Moralizar o alegorizar estos cuentos o explicarlos como teniendo que ver con el despertar sexual o la resolución exitosa de conflictos edípicos no es tanto ir demasiado lejos con ellos como no ir lo suficientemente lejos, porque debajo de cualquier cosa que con diversos grados de éxito puedan demostrarse que significan, y debajo de los eventos y aventuras específicos que describen, lo que les da su poder y significado real es el mundo que evocan. Es un mundo de magia y misterio, de oscuridad profunda y luz estelar parpadeante. Es un mundo donde suceden cosas terribles y cosas maravillosas también. Es un mundo donde la bondad se enfrenta al mal, el amor al odio, el orden al caos, en una gran lucha donde a menudo es difícil estar seguro de quién pertenece a qué lado porque las apariencias son infinitamente engañosas. Sin embargo, con toda su confusión y salvajismo, es un mundo donde la batalla va en última instancia a los buenos, que viven felices para siempre, y donde a la larga todos, buenos y malos por igual, llegan a ser conocidos por su verdadero nombre.

Es quizás este aspecto del cuento de hadas el que le da su mayor poder sobre nosotros, esta sensación que tenemos de que en ese mundo, a diferencia del nuestro, sucede verdaderamente la cosa maravillosa e imposible. Nadie habla de esta cualidad con más elocuencia que uno de los grandes maestros modernos del cuento de hadas, J.R.R. Tolkien. Escribe que el cuento de hadas

...no niega la existencia de... el dolor y el fracaso: la posibilidad de estos es necesaria para el gozo de la liberación; niega (ante mucha evidencia, si se quiere) la derrota final universal..., dando un atisbo fugaz de la Alegría, Alegría más allá de los muros del mundo, tan punzante como el dolor.

Es la marca del buen cuento de hadas, del tipo superior o más completo, que por más salvajes que sean sus eventos, por más

fantásticas o terribles que sean las aventuras, puede dar al niño o al hombre que lo escucha, cuando llega el "giro", un corte de aliento, un latido y elevación del corazón, cercano a (o de hecho acompañado por) lágrimas, tan agudo como el dado por cualquier forma de arte literario.

El bien y el mal se encuentran y batallan en el mundo del cuento de hadas muy parecido a como se encuentran y batallan en nuestro mundo, pero en los cuentos de hadas los buenos viven felices para siempre. Esa es la mayor diferencia. Tan grande es el poder de la magia que incluso los menos-que-buenos viven felices para siempre. Es la bestia quien se vuelve hermosa, el león cobarde quien se vuelve valiente, las hermanas malvadas con sus pies grandes y maneras elegantes que se arrepienten al final y son perdonadas. Son realmente dos cosas imposibles las que suceden porque la felicidad no solo es inevitable, también es interminable. Sucede la alegría, para usar la palabra de Tolkien, y el cuento de hadas donde sucede no es un mundo donde todo es dulzura y luz. No es Disneylandia donde todo se mantiene impecable y toda la basura se transporta a través de pasajes subterráneos debajo de las calles soleadas. Por el contrario, el mundo donde sucede esta Alegría está tan lleno de oscuridad como nuestro propio mundo, y es por eso que cuando sucede es tan punzante como el dolor y puede traer lágrimas a nuestros ojos. Puede traer lágrimas a nuestros ojos porque podría tan fácilmente no haber sucedido, y porque hay los malvados a quienes no les sucede, y justo porque hay algunos a quienes no les sucede, sucede en un mundo donde aquellos que viven felices para siempre deben hacerlo en un mundo donde aunque la felicidad es tanto inevitable como interminable, la oscuridad persiste porque la felicidad no es universal. Aún se pueden lanzar hechizos oscuros y las brujas malas prosperan. En *El Señor de los Anillos* de Tolkien, es cierto que en la destrucción del anillo demoníaco un gran mal es destruido, pero el triunfo universal del bien sigue siendo solo el sueño de un hobbit, y la edad dorada de elfos y enanos está destinada a ser seguida por la edad trágica de los hombres. Sin embargo, las lágrimas que llegan a nuestros ojos ante la alegría del cuento de hadas son sin embargo esencialmente lágrimas gozosas porque lo que hemos vislumbrado, por fugaz que sea, es la Alegría misma, el triunfo si no de la bondad,

al menos de la esperanza. Y no creo que sea enteramente fantasioso decir que no es solo en los cuentos de hadas que la hemos vislumbrado.

Te despiertas en una mañana de invierno y levantas la persiana, y lo que estaba allí la noche anterior ya no está —el patio gris empapado, las heces de perro, las huellas de neumáticos en el barro congelado, la silla de jardín rota que olvidaste guardar el otoño pasado. Todo esto ha desaparecido de la noche a la mañana, y lo que miras no es la nieve de Narnia sino la nieve de casa, que no es menos reluciente y blanca mientras cae. La tierra está cubierta con ella, y todavía está cayendo en un silencio tan profundo que puedes oír su silencio. Es nieve para ser paleada, para hacer la conducción aún peor de lo habitual, nieve de la que burlarse y maldecir, pero a menos que el niño en ti esté completamente muerto, es nieve, también, que puede hacer latir el corazón más rápido cuando te sorprende de esa manera, antes de que tus defensas estén listas. Es nieve que puede despertar recuerdos de cosas más maravillosas que cualquier cosa que hayas conocido o soñado.

Si todavía tienes algo más que solo ojos para ver, el mundo puede darte estos atisbos tan bien como los cuentos de hadas pueden —el olor de la lluvia, el resplandor del sol sobre el revestimiento blanco con las sombras de helechos y ropa en el tendedero, la salvajidad de una tormenta invernal cuando en la casa la llama de una vela ni siquiera parpadea. El mundo puede darnos tales atisbos, y los sueños también pueden a veces —los sueños de los que te despiertas sin poder recordarlos del todo pero con el conocimiento de que eres de alguna manera mejor por haberlos soñado, sueños que borran viejas heridas y fracasos y comienzan una especie de curación, sueños donde el viejo que tuvo su último cumpleaños hace todos esos veranos está vivo y bien todavía. Lleva un gorro de papel y te asiente como si se hubieran encontrado solo ayer, y su muerte resulta no tener más sustancia que el humo de su cigarro de cincuenta centavos.

La alegría más allá de los muros del mundo más punzante que el dolor. Incluso en la iglesia captas atisbos de ella a veces, aunque la iglesia tiende a ser el último lugar porque estás buscándola demasiado ahí. No es probable que sea tanto en el sermón que la

encuentres o en las oraciones o en la liturgia, sino a menudo en algo bastante incidental como la noche que la sociedad coral hace el *Requiem* de Mozart, y allí está tu amigo el Dr. X, que sabes que piensa que todo el asunto de la religión es para los pájaros, cantando el Kyrie como un pájaro él mismo —*Señor, ten piedad, ten piedad*— mientras está allí entre los barítonos en su camisa marchita y esmoquin escuálido; y su rostro cotidiano de perro basset está tan vivo con si no el Dios en el que no lo sorprenderían muerto creyendo entonces al menos con su hermano gemelo que por un momento nada en todo el mundo importa menos que lo que cree o no cree —*Kyrie eleison, Christe eleison*— y como ante la nieve, los sueños, ciertos recuerdos, ante los cuentos de hadas, el corazón salta, los ojos se llenan.

Aquí y allá y no solo en los libros captamos atisbos de un mundo de érase una vez y vivieron felices para siempre, de un mundo donde hay un mago para dar coraje y un corazón, un ángel con una piedra blanca que tiene escrito en ella nuestro nombre verdadero y secreto, y es tan fácil descartar todo eso que apenas vale la pena molestarse en hacerlo. Es sentimentalismo. Es pensamiento ilusorio. Es escapismo. Es eludir el problema y silbar en la oscuridad e infantil. Y amén tenemos que decir a toda la letanía sin alegría porque no hay ninguno de nosotros que no la conozca de memoria y porque no hay ninguno de nosotros tampoco que no sepa que todas estas cosas son parte de la verdad de ello. Pero si el mundo del cuento de hadas y nuestros atisbos de él aquí y allá son solo un sueño, son uno de los sueños más inquietantes y poderosos que el mundo haya soñado jamás y ningún mundo más que nuestro mundo del siglo veinte.

¿Por qué gastamos vastas sumas de dinero para ir a la luna y a Marte? Oyes todo tipo de charla solemne sobre aprender esto y aquello de ello, sobre ganarles a los rusos, sobre establecer colonias para un propósito u otro; pero cualquiera que sepa algo, cualquier niño, al menos el niño en cualquiera de nosotros, sabe que salimos disparando al espacio porque posiblemente, imposiblemente, el Mago de Oz está allí. Los grandes dispositivos de escucha que entrenamos en los cielos para captar algún susurro de habla de las estrellas incluso los nombramos por una princesa de cuento de hadas

y lo llamamos Proyecto Ozma. Apenas necesitamos a Jung para decirnos que existan o no realmente, nuestra fascinación con los platillos voladores refleja nuestro profundo anhelo por la totalidad que yace al este del sol y al oeste de la luna, esos grandes mandalas que flotan por el cielo con sanación en sus alas; y apenas necesitamos a Erich von Däniken o Stanley Kubrick para decirnos que tal vez ya han aterrizado y construido las pirámides para nosotros y nos han enseñado sabiduría y tanta humanidad como hemos aprendido aún e incluso se han casado con nosotros tal vez para que tengamos su sangre en nuestras venas, y cuando miramos hacia las estrellas distantes sabemos, como siempre hemos sospechado vagamente, que más incluso que la tierra ellas son nuestro hogar.

Hacemos nuestros veinte minutos de meditación al día con la esperanza de que, adecuadamente aquietadas, nuestras mentes dejarán de simplemente reflejarnos de vuelta la confusión y multiplicidad de nuestro mundo sino que se convertirán en una niebla plateada como el espejo de Alicia que podemos atravesar hacia un mundo donde la belleza que duerme en nosotros despertará por fin. Enviamos expediciones científicas al Lago Ness porque si se puede probar que existe el lado oscuro y monstruoso de los cuentos de hadas, ¿quién puede estar seguro de que el lado bendito no existe también? Sospecho que toda la obsesión de nuestro tiempo con lo monstruoso en general —con lo oculto y lo demoníaco, con el exorcismo y la magia negra y el gran tiburón blanco— es en su corazón solo el lado sombrío de nuestro anhelo por lo hermoso, y somos como el caballero en la película de Ingmar Bergman *El Séptimo Sello*, que le dice a la joven bruja a punto de ser quemada en la hoguera que quiere encontrarse con el diablo, su amo, y cuando ella le pregunta por qué, él dice: "Quiero preguntarle sobre Dios. Él, si alguien, debe saber".

Recuerdo una película británica que salió de la Segunda Guerra Mundial que tiene una escena que muestra a un par de vigilantes de ataques aéreos sentados en el techo de un edificio en Londres durante el bombardeo. Es de noche y los aviones enemigos están en lo alto. Caen bombas y gran parte de la ciudad está en llamas. Hay sonidos de cañones antiaéreos y sirenas. Entonces, durante una pausa, uno de

los hombres se vuelve hacia el otro y recita un discurso de Calibán de *La Tempestad*:

No tengáis miedo: esta isla está llena de ruidos, Sonidos y dulces aires, que dan deleite y no hieren: A veces mil instrumentos vibrantes Zumbarán alrededor de mis oídos, y a veces voces, Que, si entonces me hubiera despertado después de un largo sueño, Me harán dormir de nuevo: y entonces, al soñar, Las nubes me parecía que se abrirían y mostrarían riquezas Listas para caer sobre mí; que, cuando desperté, Lloré por volver a soñar.

[3.2.144-55]

Calibán, el terrestre, el engendro de la oscuridad, llora por volver a soñar sobre la alegría más allá de los muros del mundo, y en medio del Armagedón el vigilante de ataques aéreos británico lo sueña, e infantil, escapista, imposible como pueda ser, nosotros también lo soñamos. Y el propio Shakespeare, por supuesto, lo soñó. *El Rey Lear* es un cuento de hadas oscuro porque aunque todos reciben sus verdaderos nombres al final, no todos viven felices para siempre, los buenos. Lear, Gloucester, Kent, el Bufón, todos mueren de corazones rotos al final y Cordelia es ahorcada por un accidente grotesco porque la palabra no llega a sus carceleros a tiempo de que su ejército ha sido victorioso.

Pero al cierre de su carrera, después del período de las grandes tragedias, Shakespeare se volvió hacia algo mucho más cercano a los verdaderos cuentos de hadas. Escribió *Cymbeline*, donde la inocencia es vindicada y los viejos enemigos reconciliados, y *Cuento de Invierno*, donde la reina muerta resulta no estar muerta en absoluto, la niña perdida, Perdita, restaurada a aquellos que la aman. Y escribió *La Tempestad* misma, donde la misma gran tormenta del mundo que ahogó a las monjas franciscanas a bordo del *Deutschland* y azotó al viejo Lear hasta la locura y aguijoneó a Job en su desesperación es calmada por la magia de Próspero; y se hace justicia, y los amantes se reúnen, y el reino es restaurado a su rey legítimo de modo que de cierta manera es el hermoso sueño de Calibán el que resulta ser real y la tormenta del mundo con todas sus torres coronadas de nubes y palacios magníficos y templos solemnes

la que resulta ser el espectáculo insustancial que se desvanece en el aire y no deja ni rastro.

Como los últimos autorretratos de Rembrandt, donde el rostro viejo y devastado del pintor sonríe desde las sombras, es como si al final de su carrera Shakespeare saliera del lado lejano de la visión trágica de *Lear* y *Macbeth* y pronunciara en la noche una palabra dorada demasiado absurda quizás para ser otra cosa que verdadera, la risa de las cosas más allá de las lágrimas de las cosas.

El biógrafo de Henry Ward Beecher nos cuenta que en sus viajes a menudo llevaba consigo un bolsillo lleno de piedras preciosas. La gente se las daba, o joyeros, conociendo su gusto, se las prestaban, y él las sacaba y las miraba y las pasaba en los lugares a los que iba. Granates y ojos de gato y perlas, a veces incluso zafiros y esmeraldas, las llamaba sus "flores que no se marchitan" y "le encantaba ver los colores ir y venir en sus profundidades crípticas como podría hacerlo un niño". Mirando una de ellas una vez, dijo que se sentía "como si hubiera un alma detrás de ella mirando a través de los rayos de luz que destellaban sobre ella y en todos los sentidos parecía una cosa de vida".

Me pregunto si hay alguna duda real de qué era lo que vio en ellas o qué era el mundo cuya luz brillaba hacia él desde sus profundidades relucientes. "Has estado en Edén, el jardín de Dios", dice el Señor a Ezequiel. "Cada piedra preciosa era tu cubierta, el sardio, el topacio y el diamante, el berilo, el ónice y el jaspe, el zafiro, la esmeralda, el carbunclo y el oro... estuviste sobre el santo monte de Dios; has andado arriba y abajo en medio de las piedras de fuego" (Ezequiel 28:13-14). En catedrales y templos, en altares elevados donde se consagra la hostia, siempre hay joyas como las que el viejo predicador llevaba en su bolsillo o si no joyas, entonces vidrio emplomado convertido en joyas por el brillo del sol a través de él o el fuego de velas como joyas que oscilan y viven. Están allí porque en su profundidad y brillantez hablan de alegría y belleza y santidad más allá de los muros del mundo. Nos hablan del mundo del Evangelio como en sí mismo el mundo del cuento de hadas.

Como el mundo del cuento de hadas, el mundo del Evangelio es un

mundo de oscuridad, y muchas de las grandes escenas tienen lugar de noche. El niño nace de noche. Tuvo su primera comida en la oscuridad en el pecho de su madre, y tuvo su última comida en la oscuridad también, las persianas bajadas y todos esforzándose por captar el primer sonido de pasos pesados en la escalera, el primer destello de acero en el umbral sombrío. En el jardín apenas podía ver el rostro que se inclinó hacia adelante para besarlo, y desde la hora sexta hasta la novena el sol se apagó como una cerilla, así que murió en la misma oscuridad en que nació y resucitó en ella también, o casi oscuro, el sol apenas levantándose como apenas se levantó de nuevo cuando a solo unos pies de la costa, mientras estaban arrastrando sus redes vacías sobre las bordas, lo vieron una vez más de pie allí descalzo en la arena cerca de los granates parpadeantes de un fuego de carbón.

En el mundo del cuento de hadas, las hermanas malvadas están vestidas como si fueran a una boda en Palm Beach, y en el mundo del Evangelio son los aguafiestas, los farsantes, los quisquillosos, los más santos que tú, los sin amor y sin alegría e irrelevantes quienes más a menudo que no llevan la ropa elegante y andan en pequeños autos europeos elegantes marcados Fariseo, Cuerpo Diplomático, Legislatura, Clero. Son los lobos rapaces los que llevan piel de oveja. Y los buenos, los potencialmente buenos de todos modos, los que tienen una oportunidad de ser salvados por Dios porque saben que no tienen ninguna posibilidad de ser salvados por nadie más? Andan por ahí pareciendo la prostituta del pueblo, el borracho del pueblo, el ladrón del IRS, porque eso es lo que son. Cuando a Jesús se le pregunta quién es el más grande en el reino de los Cielos, mete la mano en la multitud y saca a un niño con una mejilla llena de chicle y ojos llenos de lo que sea que estén llenos los ojos de un niño y dice que a menos que puedas volverte como eso, no te molestes en preguntar.

Y en cuanto al rey del reino mismo, ¿quién lo reconocería? No tiene forma ni hermosura. Su ropa es lo que recogió en una venta de garaje. No se ha afeitado en semanas. Huele a mortalidad. Hemos romantizado su harapiento durante tanto tiempo que solo podemos captar ecos de la manera en que debe haber escandalizado su tiempo

en la pregunta horrorizada de los discípulos del Bautista: "¿Eres tú el que ha de venir?" (Mateo 11:13); en el "¿Eres tú el rey de los judíos?" de Pilato (Mateo 27:11), ¿tú con pantalones que no te quedan y un labio partido?; en la comedia negra del letrero que clavaron sobre su cabeza donde el chiste estaba escrito en tres idiomas para que nadie se perdiera la risa.

Pero el punto completo del cuento de hadas del Evangelio es, por supuesto, que él es el rey a pesar de todo. La rana resulta ser el príncipe, el patito feo el cisne, el hombrecito gris que pide pan el gran mago con el poder de la vida y la muerte en sus manos, y aunque el soldadito de plomo constante cae en las llamas, su amor resulta ser a prueba de fuego. No hay menos peligro y oscuridad en el Evangelio que en los Hermanos Grimm, pero más allá y por encima de todo está la alegría de ello, este cuento de una luz irrumpiendo en el mundo que ni siquiera la oscuridad puede vencer.

Ese es el Evangelio, este encuentro de oscuridad y luz y la victoria final de la luz. Ese es el cuento de hadas del Evangelio con, por supuesto, la única diferencia crucial de todos los demás cuentos de hadas, que es que la afirmación que se hace para él es que es verdadero, que no solo sucedió érase una vez sino que ha seguido sucediendo desde entonces y está sucediendo todavía. Predicar el Evangelio en su poder y misterio originales es afirmar de cualquier manera que el predicador encuentre posible afirmarlo que érase una vez es este tiempo, ahora, y aquí está el bosque oscuro en cuyo corazón brilla la luz como una joya, y los que han de vivir felices para siempre son... todos los que trabajan y están cargados, los pobres desnudos desdichados dondequiera que estén.

Pilato deja que el humo del cigarrillo salga de su boca para protegerse un poco de la figura ante él. Sara intenta disfrazar su primera ahogada de risa como una tos cubriéndose la boca con su delantal, y Job se sienta a la mesa con la cabeza entre los brazos para no tener que enfrentar las sillas vacías de sus hijos. La mano del pobre viejo Beecher resbala, y una gota de sangre se hincha en su labio superior mientras mira su reflejo en el espejo de afeitar pensando en las conferencias que debería haber preparado meses antes y en la pequeña Lib Tilton, la esposa de su viejo amigo, y en la

pequeña bolsa de gamuza en su bolsillo con un topacio sin cortar, algunas perlas, un ojo de gato. El predicador sostiene un nudo de toga negra en su puño para no tropezar mientras sube los escalones al púlpito, y el maestro de matemáticas de la escuela secundaria hace un pliegue nítido con su uña por el centro de su orden de servicio. Érase una vez es su tiempo, de todos ellos. Ellos son los que han de vivir felices para siempre. "La alegría más allá de los muros del mundo más punzante que el dolor" atraviesa los muros del mundo, y como Rumpelstiltskin, el mal es derrotado al ser nombrado por lo que es, y el mundo mismo recibe el nombre verdadero y santo por el cual el mago maestro lo llama hacia sí.

Con su fabuloso cuento para proclamar, el predicador es llamado a su vez a ponerse de pie en su púlpito como fabulista extraordinario, a decir la verdad del Evangelio en su sentido más alto y salvaje y más santo. Este es su trabajo, pero más a menudo que no se encoge de ello porque la verdad que está llamado a proclamar, como el cuento de hadas, parece en todo menos en algún tipo de sentido nostálgico y lejano demasiado buena para ser verdad, y así el predicador como apologista en lugar de fabulista intenta lo mejor que puede reducirla a un tamaño que cree que el mundo se tragará.

Demasiado bueno para ser verdad implica una visión de la verdad, por supuesto. No tiene que implicar que la verdad es mala sino solo que es tan vasta y sin forma y aleatoria que está más allá del poder de cualquier adjetivo calificarla. La verdad, la realidad, es lo que es. Son las noticias de TV con el sonido activado y todo el otro sonido activado con él —los sonidos de la casa, de la calle fuera de la casa, el pueblo, el campo, el mundo, los diez mil veces diez mil mundos del espacio exterior, y el sonido del gran silencio y vacío del espacio mismo. La verdad son todos los sonidos que brotan dentro del predicador mientras se sienta en su escritorio para armar su sermón —los sonidos de las facturas por pagar, los niños a educar, las contraventanas para poner, los sonidos de sus propios errores y triunfos, de sus lujurias y recuerdos y sueños y dudas, cualquiera de los cuales cuando llegas al fondo es probable que le parezca más real e inmediato y clamoroso que el sonido de la verdad como alta y salvaje y santa. Así que la homilética se convierte en apologética. El

predicador intercambia la verdad del cuento de hadas que es demasiado buena para ser verdad por una verdad que en lugar de ahogar todas las demás verdades con las que el mundo es ruidoso está en algún tipo de armonía con ellas. Seculariza y hace racional. Adapta y hace relevante. Desmitologiza y hace creíble. Y lo que queda del cuento de hadas del Evangelio se convierte en sus manos en un cuento de hadas no muy diferente de *El Mago de Oz*.

Gracias a la película de M-G-M, todo el mundo conoce la historia. El hombre de hojalata, el león, el espantapájaros y la niña viajan muchas millas largas de camino de ladrillos amarillos en busca del gran mago que creen que será capaz de otorgarles el deseo de sus corazones: al hombre de hojalata un corazón, al león coraje, al espantapájaros un cerebro, a la niña una manera de llegar a casa. Después de muchas aventuras peligrosas, finalmente llegan a la Ciudad Esmeralda, donde vive el mago, y en una audiencia devastadora en la que se les aparece variadamente como una hermosa dama, una bestia terrible, una gran bola de fuego, les dice que no hará nada por ellos hasta que primero destruyan a la bruja malvada y le traigan de vuelta su escoba para probar que lo han hecho. Están casi destruidos ellos mismos en el proceso, pero de alguna manera logran lograrlo, y cuando regresan con la escoba para reclamar su recompensa, el mago les concede una segunda audiencia. Es una gran escena tragicómica. Nuevamente el mago se les aparece en toda su gloria, pero en lugar de concederles su deseo, los hace esperar y tan grande es su indignación y desilusión que hay un forcejeo en el transcurso del cual se derriba una pantalla, y allí detrás de la pantalla está el mago mismo, que resulta ser no una hermosa dama o una bestia terrible o una bola de fuego, sino solo un hombrecito calvo con un rostro arrugado.

Solo cuando no vieron al mago por lo que realmente era pareció majestuoso y hermoso. Solo cuando no entendieron su verdadera naturaleza se postraron ante él como gran misterio y poder. La propia Ciudad Esmeralda resulta haber parecido como si estuviera hecha de esmeraldas solo porque la estaban mirando a través de gafas hechas de vidrio de color esmeralda. Su magia resulta haber sido solo una serie de ilusiones que trabajaba desde detrás de su pantalla. En otras

palabras, su fe en su poder para hacer algo por ellos que no pudieran hacer por sí mismos se revela como infundada. "Eres un hombre muy malo", dice Dorothy, y la respuesta del mago es: "Oh, no, querida. Soy realmente un hombre muy bueno, pero soy un mago muy malo". Así que el grande y terrible Oz es solo un ser humano como la propia Dorothy, y el único bien que puede hacer por ellos es un bien humano. No puede darles nada que no tengan ya, y ese es el significado de los regalos que luego distribuye entre ellos.

El corazón de seda relleno de aserrín que le da al hombre de hojalata, los alfileres y agujas que rellena dentro de la cabeza del espantapájaros, la bebida de un platillo que le sirve al león, son solo talismanes del corazón, el cerebro, el coraje que ya han adquirido mediante su búsqueda concienzuda de ellos y su derrota de la bruja malvada. Al sacar a relucir en ellos lo mejor que son, su fe resulta haber sido un fin en sí misma y no un medio para un fin inimaginablemente mayor. Como un psicoterapeuta hábil, el mago los ayuda a un ajuste interno que los hace mejor equipados para lidiar con el mundo tal como es, pero no es capaz de abrir para ellos o dentro de ellos un mundo de trascendencia y alegría porque aunque es un hombre muy bueno, en realidad no es un mago en absoluto. Como personas que han sido exitosamente psicoanalizadas, están todos bien vestidos pero sin ningún lugar a donde ir excepto donde siempre han estado. Lo único mejor para ellos es lo mejor que pueden hacer por sí mismos y unos por otros. En cuanto a Dorothy, el mago le falla por completo cuando el globo que planea llevarla de regreso a Kansas despega prematuramente sin ella, pero la historia de cómo la bruja buena, Glinda, trata con ella lleva el mismo significado. Glinda le dice que aunque Dorothy no lo sabía, los zapatos plateados que ha llevado desde el principio podrían haberla llevado a casa en cualquier punto de su camino, de modo que, como sus tres amigos, ha tenido en su propio poder todo el tiempo lograr su objetivo. L. Frank Baum titula el capítulo de *El Mago de Oz*en el que todo esto se describe "El Arte Mágico del Gran Farsante", y son palabras muy tristes y elocuentes y sugestivas.

El Mago de Oz es el cuento de hadas desembaucado, y las buenas noticias que porta son las buenas noticias de que el esfuerzo duro y

concienzudo y un poco de ayuda de nuestros amigos dan frutos al final, y la fe es su propia recompensa. Lo más importante en lo que hay que tener fe es en nosotros mismos, y esa es también la principal magia. En la medida en que reciben el deseo de sus corazones, Dorothy y sus amigos, es esencialmente una operación de hágalo usted mismo, y la alegría de ello no está más allá de los muros del mundo sino dentro de los muros del mundo. El libro se publicó en el año 1900, y tal vez no sea estirar demasiado las cosas decir que de cierta manera prefigura algo de lo que se convirtió el cuento de hadas del Evangelio en el siglo que inauguró. La magia y el misterio se desvanecen. Como la Ciudad Esmeralda, la ciudad cuyas puertas son de perla y cuyos muros están adornados con jaspe y ónice y zafiro resulta ser demasiado buena para ser verdad para todos excepto aquellos que la ven a través de vidrio emplomado; y así como para Dorothy el hogar finalmente no es la Tierra de Oz, donde todas las cosas son posibles, sino Kansas, donde nunca aún ha logrado un camello pasar por el ojo de una aguja, así para nosotros el hogar no es ese país que Gedeón y Barac, Sansón y Jefté, vislumbraron desde lejos, sino más bien solo el hogar, solo aquí, donde hay pocas sorpresas. En cuanto al que promete salvar el mundo, es en el sentido más rico un buen hombre, sin duda, pero como el hombrecito calvo detrás de la pantalla, cuando llegas al fondo no es tanto un mago después de todo. Su bondad, su amor, su simple elocuencia, tocan nuestros corazones e iluminan nuestra oscuridad a través de los siglos, pero a pesar de todo eso, tanto nosotros como nuestro mundo permanecemos básicamente sin transformar. Aunque es lo suficientemente mago para hacernos soñar a veces con un mundo de alegría más punzante que el dolor, tendemos a creer en nuestros corazones que, por santo y precioso que sea, es solo un sueño.

Por el bien, como él lo ve, de aquellos a quienes predica, el predicador tiende a predicar el Evangelio con la alta magia quitada, el misterio profundo reducido a un tamaño manejable. "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá". "De cierto os digo que si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Quítate de aquí y pásate allá, y se quitará y nada os será imposible" (Mateo 17:20). "Venid, benditos de mi Padre, y heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo

35:24). "El que cree en mí, aunque muera, vivirá" (Juan 11:25). La promesa salvaje y gozosa del Evangelio se reduce a promesas más fácilmente cumplidas. La paz que sobrepasa todo entendimiento se reduce a paz que cualquiera puede entender. La fe que puede mover montañas y resucitar a los muertos se convierte en fe que puede ayudar a hacer la vida soportable hasta que la muerte la termine. La vida eterna se convierte en una metáfora de la manera en que el bien que hace un hombre vive después de él. "Bienaventurado el que no halle tropiezo en mí" (Mateo 11:6), dice Jesús, y el predicador tiende a buscar eliminar la ofensa al eliminar del Evangelio todo lo que cree que encontramos ofensivo. No puedes culparlo porque hasta cierto punto, por supuesto, tiene razón. Con parte de nosotros mismos estamos ofendidos como él piensa por lo que es demasiado para que creamos. No nacimos ayer. Somos de Misuri.

Pero también somos de otro lugar. Somos de Oz, de la Tierra del Espejo, de Narnia y de la Tierra Media. Si con parte de nosotros mismos somos hombres y mujeres del mundo y compartimos las tristes increencias del mundo, con una parte más profunda todavía, la parte de donde vienen nuestros mejores sueños, es como si de hecho hubiéramos nacido ayer, o casi ayer, porque todos somos también niños todavía. No importa cuán olvidado y descuidado, hay un niño en todos nosotros que no solo está dispuesto a creer en la posibilidad de que tal vez los cuentos de hadas sean verdaderos después de todo, sino que está en algún grado en contacto con esa verdad. Levantas la persiana sobre la nieve cayendo, blanco sobre blanco, y el niño cobra vida por un momento. Hay una fragancia en el aire, cierto pasaje de una canción, una vieja fotografía cayendo de las páginas de un libro, el sonido de la voz de alguien en el pasillo que hace saltar tu corazón y llena tus ojos de lágrimas. Quién puede decir cuándo o cómo será que algo resurge de la penumbra para recordarnos un tiempo antes de que naciéramos y después de que moriremos? El niño en nosotros vive en un mundo donde nada es demasiado familiar o poco prometedor como para no abrirse al mundo donde un sendero se desenrolla ante nuestros pies hacia un bosque profundo, y cuando eso sucede, ni el mundo en que vivimos ni el mundo que vive en nosotros puede ser nunca enteramente hogar de nuevo, así como tampoco lo fue para Dorothy al final porque en los libros de Oz que

siguen a *El Mago*, sigue volviendo una y otra vez a Oz porque Oz, no Kansas, es donde está su corazón, y el mago resulta no ser un farsante sino el más grande de todos los magos después de todo.

Así que que el predicador recuerde esto y nos predique no solo como hombres y mujeres del mundo sino como niños también, que a menudo son mucho más sencillos de corazón de lo que él supone, y mucho más hambrientos de, y listos para creer en, y ya en contacto con, más magia y misterio de lo que la mayor parte del tiempo incluso nosotros estamos enteramente conscientes de nosotros mismos. "Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo 18:3), dice Jesús, y no está siendo solo sentimental al decirlo. Que el predicador estire nuestra imaginación y fuerce nuestra credulidad y haga caer nuestras mandíbulas porque el chiste triste de ello es que si no lo hace, entonces de todas las personas es casi el único que queda que no lo hace. Los científicos hablan de vida inteligente entre las estrellas, de cómo a la velocidad de la luz no hay tiempo, de la conciencia como más que solo un epifenómeno del cerebro físico. Los médicos hablan seriamente sobre la vida después de la muerte, y ya no solo los místicos sino la ama de casa, el corredor de bolsa, el estudiante de último año de secundaria hablan de un mundo interior donde la realidad se vuelve transparente a una realidad aún más real. El chiste es que a menudo es el predicador quien como administrador del misterio más salvaje de todos es el que se contiene, prudente, cauteloso, irremediablemente maduro y sabio hasta el último cuando nada menos que San Pablo le dice que sea un tonto por amor a Cristo, nada menos que Cristo le dice que sea un niño por su propio bien y por el bien del reino.

Que el predicador diga la verdad. Que haga audible el silencio de las noticias del mundo con el sonido apagado para que en ese silencio podamos oír la verdad trágica del Evangelio, que es que el mundo donde Dios está ausente es un vacío oscuro y resonante; y la verdad cómica del Evangelio, que es que es en las profundidades de su ausencia que Dios se hace presente de maneras tan improbables y a personas tan improbables que la vieja Sara y Abraham y tal vez cuando llegue el momento incluso Pilato y Job y Lear y Henry Ward

Beecher y tú y yo nos reímos hasta que las lágrimas nos corren por las mejillas. Y finalmente que predique este abrumamiento de la tragedia por la comedia, de la oscuridad por la luz, de lo ordinario por lo extraordinario, como el cuento que es demasiado bueno para no ser verdad porque descartarlo como falso es descartar junto con él ese corte de aliento, ese latido y elevación del corazón cercano a o incluso acompañado por lágrimas, que creo es la intuición más profunda de verdad que tenemos.

Notas

Llyman Abbott, *Henry Ward Beecher* (Hartford: American Publishing Co., 1887), p. 210.

Frederick Buechner, *Open Heart* (New York: Atheneum, 1972), pp. 97-101.

Herman Melville, *Moby Dick* (New York: Random House, 1930), p. 68.

Ibid., p. 282.

W. H. Gardner and N. H. MacKenzie, eds., *The Poetry of Gerard Manley Hopkins*, 4ª ed. rev. (London: Oxford University Press, 1967), pp. 51-63.

Stephen Crane, *War Is Kind* (New York: Stokes, 1899), p. 56.

Gardner and MacKenzie, eds., p. 106.

Ibid., p. 107.

C. S. Lewis, *The Lion, the Witch, and the Wardrobe* (New York: Collier Books, 1975), pp. 5-7.

J. R. R. Tolkien, *The Tolkien Reader* (New York: Ballantine, 1966), pp. 68-69.

Llyman Abbott, pp. 198-201, and Paxton Hibben, *Henry Ward Beecher* (New York: Readers' Club Edition, 1942), p. 178.

Para una discusión más extensa de esto, ver Aldous Huxley, *The Doors of Perception and Heaven and Hell*(London: Penguin Books), pp. 84-89.

Para esta discusión estoy en deuda con Michael Patrick Hearn, *The Annotated Wizard of Oz* (New York: Potter, 1973). Ver especialmente sus notas sobre el capítulo 15.